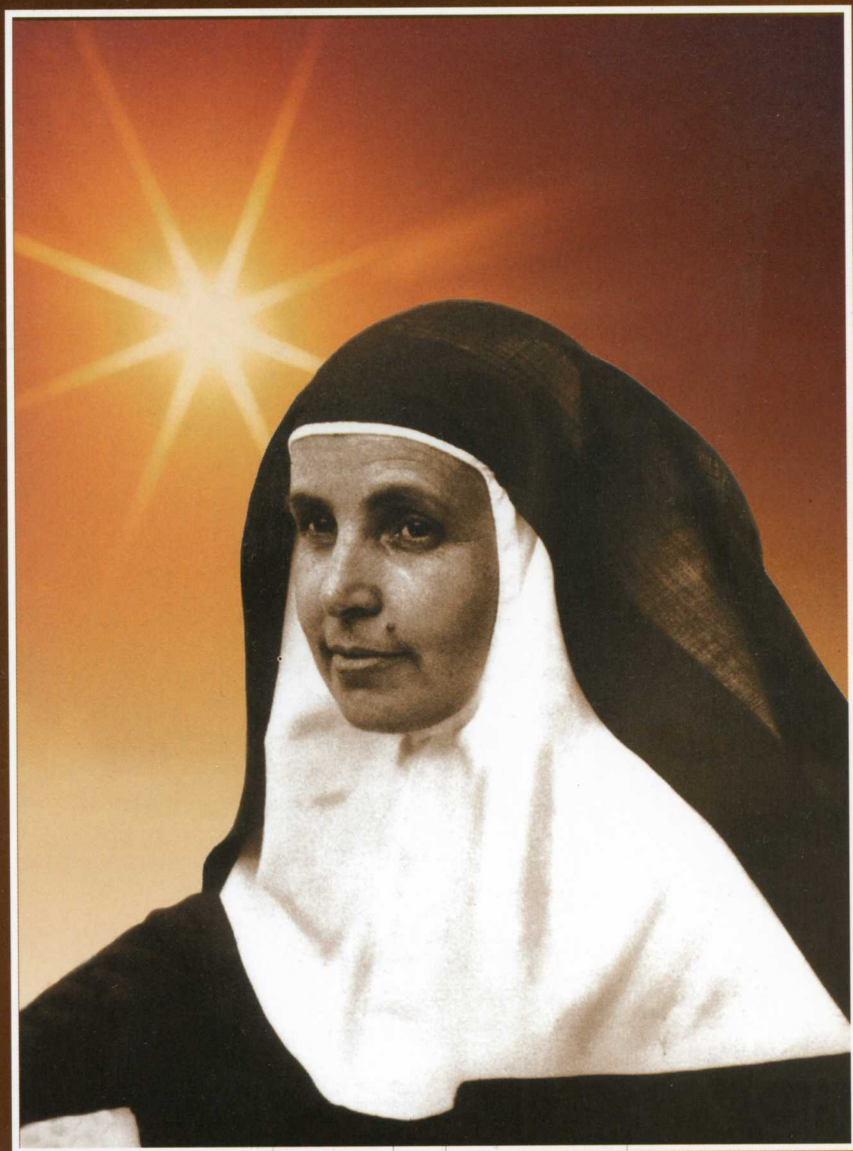


SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ



ROSA SAMARITANA

NARCISO CLIMENT BUZÓN

ÁNGELA DE LA CRUZ ROSA SAMARITANA

"Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños".

Mateo, 11, 25.

Edita: COMISIÓN ORGANIZADORA ACTOS CONMEMORATIVOS DE LA CANONIZACIÓN DE
SOR ÁNGELA DE LA CRUZ

Colabora: FAMILIA ROMERO BARRERO

Imprime: SANTA TERESA IND. GRÁFICAS, S.A.
11540 SANLÚCAR DE BARRAMEDA (Cádiz)

Dep. Legal: CA 380/03

"De modo que Dios no nos pide más que fidelidad y esto sólo es lo que las criaturas pueden hacer: corresponder a las gracias recibidas; y nada más porque si vemos cosas extraordinarias en los santos, todo es de Dios y a Él sólo se le debe glorificar, alabar y bendecir. Porque los santos no toman otra parte en estas cosas que la grande fidelidad con que hacen en todo la voluntad de su amado Señor y por esto son dignos de alabanza; pero esta alabanza no se les da por lo extraordinario que hay en ellos, porque esto es de Dios, sino porque han sido fieles y procuran no ofenderle...

¿Y qué más hacen los santos? ¡Ah!, ellos mueren de amor y desean derramar hasta la última gota de su sangre por su dulce Amado; pues bien, yo, a imitación de ellos, quiero morir de amor, quiero derramar mi sangre unida a mi dulce Dueño en el calvario; quiero ser muy fiel a mi Dios, quiero hacer en todo la voluntad de Dios. Si como, si bebo, si descanso, si trabajo, si pienso, si me muevo, si respiro, todo con la pureza de intención de que todo sea en Dios, por Dios y para Dios y todo para agradarle".

Papeles de Conciencia, lunes 26 de Julio de 1875.



ENSERES PARTICULARES USADOS POR SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ Y QUE SE CONSERVAN COMO RELIQUIAS EN EL CONVENTO DE SANLÚCAR

4 DE MAYO DE 2003: MADRE CANONIZADA

Una esperanza se hará realidad. Una sociedad a la deriva y contorsionada por tantos proyectos frustrados, desilusionada de tantas experiencias amargas, dividida, famélicamente ansiosa de plenitud, buscando entre sombras y oscuridades una respuesta a la razón de la vida del ser humano en esta vida, podrá sentir en su corazón cómo la Iglesia católica, a través de un Papa anciano, achacoso, mas de palabra diáfana para seguir abriendo surcos en la viña del Señor y proclamando el Mensaje que un día el Espíritu depositó en sus manos, proclamará a los cuatro vientos las virtudes heroicas de Sor Ángela de la Cruz, así como de otros compañeros de vida consagrada.

Se repetirá una vez más la luminosidad de aquella Sevilla reluciente con sonos de fiestas, de aquella Andalucía tan sensible y solidaria, de aquella España que se abría ilusionada a nuevos avatares históricos y de aquel mundo entero, que un día 5 de Noviembre de 1982 vibró alborozado cuando el Santo Padre Juan Pablo II, finalizado el proceso previo por las comisiones pertinentes, proclamó a Sor Angelita, la madre de los pobres, la dulce rosa del jardín sevillano, la samaritana de las cruces de todos los más necesitados, apasionadamente enamorada de la cruz de Cristo, la mendiga con la luz de Dios resplandeciendo en sus ojos y la ternura infinita que sólo de Él puede brotar, la proclamó digna de que los fieles le tributasen desde entonces la consideración y el culto que la Iglesia tributa a los beatos.

Han pasado 20 años. Mucho cambió la sociedad en estas dos décadas. Otro tanto se puede afirmar de la Iglesia. Y es ahora cuando el Papa en la capital de España va a declarar santa a la Beata Ángela de la Cruz, a Madre, procediendo a su canonización. Con este ritual, la Iglesia presenta a todos los fieles a Santa Ángela de la Cruz como un modelo a imitar en la realización de la vida cristiana, como una cristiana fiel, como la "mujer fuerte" de la que hablan las Sagradas Escrituras, a quien desde ahora de manera oficial los creyentes podemos invocar para que interceda delante de Dios por cada uno de nosotros. Es motivo para dar gracias a Dios por ese tesoro donado a su pueblo, es ocasión para asimilar los pasos que ella quiso dar y dio en su camino de encuentro con Cristo, es en suma una invitación, como recomendaba la Lumen gentium, 50 al referirse a la actitud a tener en relación con los santos: "Acudamos a sus oraciones, ayuda y auxilios".

NACIMIENTO Y PRIMERAS LETRAS

¡Qué verdad es que la mejor de las escuelas es el propio hogar familiar! Lo que en ella se aprende marca, de una u otra manera, para toda la vida. Detalles de la vida familiar que en apariencia pudieran resultar insignificantes resultarán con el correr de los años elementos constituyentes de la personalidad de un niño o de un joven. Tal vez los padres no tendrán la aptitud o la preparación necesaria para transmitir una serie de conocimientos y contenidos culturales, pero los valores, las actitudes de laboriosidad, de respeto, de limpieza, de verdad, de honradez ... y tantos otros que vienen a integrar lo que la sociedad ha venido a llamar la "buena gente", es en la familia donde con más eficacia, legitimidad y perennidad se siembran.

¿Y qué no decir de la vida cristiana? La mejor de las catequesis es la que los padres y demás miembros de la familia imparten en un día a día de vivencia cristiana, porque la fe en Jesucristo no es sólo la transmisión de unos contenidos religioso-culturales, sino sobre todo y por encima de todo la fe es la adhesión de una vida a la persona de Jesús, el Hijo encarnado de Dios Padre por obra y gracia del Espíritu Santo.

Ambas afirmaciones aparecen con una nitidez palmaria en la familia Guerrero González. La primera parte del siglo XIX iba apuntando a su final. España había experimentado y sufrido una agitada trayectoria política durante todos estos años (crisis del antiguo régimen, derrota franco-española en Gibraltar -1805-, abdicación del rey Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII, renuncia de este a favor de José I Bonaparte, invasión francesa, guerra de la independencia, cortes de Cádiz, retorno de Fernando VII, regencia de María Cristina durante la minoría de edad de su hija Isabel II, guerras carlistas, desamortización de Mendizábal, regencia de Espartero y mayoría de edad de Isabel II). Eran estos los hitos de la macrohistoria de la nación.

Mas en la base de la pirámide social un pueblo pobre, jornalero y trabajador estaba sometido a situaciones de miseria, explotación y abandono. A este pueblo pertenecía Francisco Guerrero, un cardador de lanas en su villa natal, Grazalema. Hombre pobre que, con deseos de mejorar las circunstancias de su vida, emigra de la bella villa gaditana y se dirige a Sevilla en búsqueda de mejor situación económica. Allí conocerá a la que será su esposa, la sevillana Josefa González, una costuterrilla de las muchas que siempre existió en el pueblo andaluz.

Vivirán en una humilde casita de las afueras de Sevilla y tendrán amplia descendencia, 14 hijos, de los que, a considerar lo elevada que por la época era la mortalidad infantil, sólo llegaron a la edad adulta seis de ellos: Lola, Joaquina, Paco, Pepe, Antonio y Ángela. Ambos cónyuges trabajarán en el convento de los Trinitarios de Sevilla, Francisco como cocinero y Josefa como encargada de la limpieza y costura de los frailes.

Ángela Guerrero González nace el 30 de Enero de 1846 y pocos días después es bautizada en la iglesia parroquial de Santa Lucía. Poco a poco comienza a imbuirse de los valores que emanaban de sus padres. Ambos muy trabajadores y de profundo sentimiento y vivencia religiosa. La niña Ángela observa la profundidad de su padre -como buen serrano-, su estoicismo ante la vida, su sobriedad, su práctica religiosa, su asistencia al culto y al rosario de la aurora, que tanto impresionaría a la niña de mirada profunda. Al mismo tiempo se contagia de la alegría de su madre, la costurera siempre dispuesta a servir a los demás, del afán con que cuidaba un altar de la parroquia, de sus rezos y oraciones, de su espontaneidad para ofrecerse a ser madrina de cualquier niño del barrio, de su constante laborar para que su casa estuviese siempre "como los chorros del oro", reluciente como una patena; pobre sí, pero "a limpia y entregá" no le ganaba nadie.

En esa escuela aprendió Angelita a rezar, a trabajar, a disfrutar con el suave olor de lo limpio, a preparar macetas en cacharos modestos, a ayudar a quienes estaban peor que ella, a compartir -no de lo que sobraba, que allí no sobraba nada, pues eran ocho las bocas que alimentar, sino de lo estrictamente necesario- las mantas de la casa con quienes tenían más frío, o la mitad del bocadillo que, aunque no eliminara del todo el hambre, sí que la aliviaba en el cuerpo y la hacía más llevadera en la mente al compartirse el hambre y la hartura. Así se producía la maravilla del equilibrio que produce la solidaridad ("la caridad que cura la soledad").

Comienza a ser Angelita como una rosa privilegiada de un rosal plantado en la sedienta tierra del pueblo andaluz, mas pronto notará el dolor de las espinas que se le irán clavando en sus pétalos de humanidad solidaria. Era ahora tiempo de siembra y los escasos conocimientos que en su corta estancia en la escuela (algo de aritmética, de catecismo y muy poco más) pudo aprender, se vieron ampliamente compensados por las diarias lecciones vitales que recibía en la escuela de su hogar y de las calles de su barrio: la piedad popular, el rosario, las oraciones del mes de mayo, y lo que es más importante aún: saber vivir una sola vida, porque la piedad le llevaba a los necesitados, y estos le llevaban a la piedad. Esta hija del pueblo iba recibiendo los gérmenes que ella transformaría en una constante bondad natural que, con posterioridad, al descubrir el profundo misterio de la cruz de Cristo, la transformaría en la madre del pueblo, madre de los pobres, andaluza de pura cepa, mendiga por amor y dama de una alegría desbordante en una sociedad dual: la de los señoriños de tronío y la de los pobres de solemnidad.

"El lenguaje mudo del ejemplo será el primero y más eficaz de los medios que emplee la Hermana de la Cruz en su apostolado de caridad".

Constituciones, capítulo 1º.

¡ANGELITA, QUE HAY QUE TRABAJAR!

Familia pobre y muchas bocas que alimentar, así que, contando tan sólo doce años, sus padres la pusieron a trabajar en una zapatería bien prestigiosa de la Sevilla de la época, lugar donde encargaban sus zapatos el alto clero, así como las gentes de posibles, en competencia por imitar las modas que, desde lo más aristocrático de París, llegaba al Palacio de San Telmo, residencia habitual de los Montpensier, quienes desde 1852 comenzaron a ser residentes sanluqueños durante los periodos del estío en el palacio que se hicieron construir a la sazón, hoy sede del Ayuntamiento sanluqueño.

Al taller llegó Angelita casi como si de un juego se tratase y pronto, bien pronto, aquella niña, flacucha y de pequeña estatura, vendría a resultar el centro de atención de sus compañeras y de su jefa, Antonia Maldonado. Doña Antonia era mujer bondadosa y de profundo sentido religioso, de manera que cada día, al finalizar la jornada de trabajo, rezaba el rosario con sus trabajadoras. Mas eso sí; a empresaria dura y disciplinada nadie le ganaba, que la "Zapatería Maldonado" tenía un bien ganado prestigio y había que conservarlo por encima de todo.

Pronto aquella niña, la hija de los criados de los frailes jerónimos, se ganó tanto el corazón de doña Antonia que se hizo insustituible en el taller por su viveza, su laboriosidad, su disponibilidad, su sentido de la alegría y por el ritmo, cual de imparable rabo de lagartija, que a todo imprimía. Todo ello hizo que doña Antonia la pusiese como oficiala de primera a transmitir a otras niñas los misterios de la artesanía de la industria del zapato.

Pero, claro está, tras aquella niña había bastante más que un paradójico sentimiento de alegría de vivir, que traspiraba por todos los poros de su menudo cuerpecito. Con el avance de los años, Angelita comienza a ser el centro de atención de sus compañeras por algo más misterioso y extraño para ellas: Angelita comienza a experimentar sus primeras vivencias místicas, algunas de las cuales no pasan desapercibidas para sus desconcertadas compañeras y para la buena de doña Antonia.

Doña Antonia, como gran parte de Sevilla, se confesaba con un santo varón que gozaba de fama de santidad, un canario inteligente, enjuto, bien formado, asceta, de buena oratoria: El padre José Torres Padilla (San Sebastián de la Gomera, 1811- Sevilla, 1878), que residió en Sanlúcar de Barrameda a raíz de 1842, donde ejerció de profesor del Seminario diocesano que a la sazón se encontraba ubicado en la ciudad sanluqueña, el Seminario Conciliar de San Francisco Javier, curiosamente en el edificio que luego vendría a constituir una de las partes del palacio de los Montpensier. Cerrado el seminario sanluqueño, el padre Torres se instaló en Sevilla, siendo profesor del Seminario y canónigo de la Catedral.

Presurosa, doña Antonia informó al santo sacerdote, que por aquel entonces contaba con 51 años, de las "cosas" que venía observando en una de sus empleadas, en Angelita Guerrero, joven de 16 años. Aconsejada por el padre Torres, doña Antonia le llevó a la joven Angelita para que la conociera y hablase con ella. A decir verdad, Angelita iba como quien va al dentista, ¿cómo iba a dedicarle tiempo tan famoso personaje, sumamente atareado en dirigir espiritualmente a media Sevilla?

Conoció el padre Torres a Angelita y comenzó a conducir espiritualmente a aquella alma que estaba llamada a ser la fundadora de un Institución religiosa. La sabiduría y la santidad comenzó a moldear el misterio profundo que se venía produciendo en Angelita. Le controló las excesivas penitencias que venía haciendo y comenzó a orientarla hacia una dedicación más programada de su servicio hacia los pobres, los abandonados y los enfermos de la sociedad sevillana. Aquella rosa de santidad había encontrado un jardinero avezado en los misterios de Dios.

"Yo no tenía pensamiento ... sino conformarme con lo que V, me dijera ... por lo que me dijera V. Conocería la voluntad de Dios, porque en V. Oía a mi Dios".
Papeles de conciencia. 8 de Junio de 1875.

(Se refiere a su actitud ante su director espiritual, el padre Torres)

DICEN QUE LA NIÑA DE PEPA, LA COSTURERA, QUIERE METERSE A MONJA

Las buenas obras de aquella débil, aunque olorosímima rosa de caridad, que fue Angelita, fueron siendo pronto conocidas y admiradas por la ciudad toda de Sevilla. Los pobres comenzaron a conocerla y quererla, y su presencia en los corrales de vecinos de los barrios más pobres se hizo tan frecuente como urgiera la necesidad de los desheredados de la sociedad hispalense.

El santo padre Torres, asceta, confesor incansable, predicador de corazón de fervorosos sermones, por los que nunca permitió se le pagase ni un céntimo, documentado profesor de historia y disciplina eclesiástica, canónigo "por obediencia", aunque bien despegado de los honores y dignidades que el cargo pudiese conllevar, era quien iba marcando los pasos de Angelita tras la búsqueda de la voluntad del Señor. Con cuánta finura escuchaba las confidencias de Angelita, con qué increíble respeto a su evolución personal la iba dejando madurar en su lenta transformación en rosa de pasión, con qué certeza esperaba y rezaba, anclado en la confianza de que, siendo como lo era asunto de Dios, Él vendría a ser quien colocase los signos en el camino para que Angelita se entregase a sus paternas designios.

El padre Torres Padilla no se sorprendió cuando Angelita le comunicó que quería hacerse monja. La verdad es que lo que se dice sorprenderse no se sorprendió nadie. Todos lo veían venir. Muchos, sin embargo, se preocuparon por la idea: doña Antonia, porque sentía que iba a perder a su más estrecha colaboradora en la zapatería, sus amigas y compañeras de tantas obras benéficas, porque creían perder a la que era el alma del grupo, y Pepa, su madre, y demás familiares, porque no se imaginaban su casa sin la alegría desbordante que trasminaba cuando Angelita estaba.

El padre Torres escrutaba, sopesaba, discernía, aunque en su interior tenía el convencimiento de que Angelita estaba llamada por Dios a otra empresa, aun sin saber de cuál pudiera tratarse. Angelita, consciente de que no gozaba de la preparación adecuada para ser monja "de las de primera", de las de coro, aspiraba a ser simplemente monja lega -que los ríos de la vanagloria, y más aún en las cosas de Dios, no pasaron nunca por la ladera de la tierra fecunda que constituía su limpia alma-. Siendo lega, estaría al servicio de Dios y al de las demás hermanas religiosas, pues ser lega era algo así como ser la encargada del "cuerpo de casa", a lo divino ciertamente, pero también a lo humano, que el cuerpo de casa es el cuerpo de casa. ¡Qué lejos estaba Angelita de saber que la significación etimológica de la palabra lega es la de "popular"!

El Padre Torres, digamos que no con pleno convencimiento, le escribe una carta de presentación dirigida a las Carmelitas Descalzas de Sevilla, en cuya comunidad Angelita pretendía ingresar. Ilusionada, se presenta en el convento de clausura acompañada por su hermana Joaquina y presenta la carta del padre Torres. La buena de Angelita se llevó un "planchazo": no servía para lega, pues su débil naturaleza, que daba el cante, impulsó a las religiosas a tomar la decisión de no admitirla, sabedoras de la dureza que conllevaba el ser hermana lega. Angelita se sintió defraudada, mas el padre Torres sabía que aquello sólo había sido un amago para ver en qué jardín quería Dios sembrar a la que llegaría a ser flor de santidad.

Un nuevo intento. Parece que ahora el padre Torres vislumbra que pudiera resultar que el lugar adecuado para Angelita estuviese en la comunidad de las Hijas de la Caridad. La labor caritativa que estas religiosas desarrollaban entre los desposeídos y enfermos quizás fuera la que mejor pudiera encajar en lo que de manera casi exclusiva había sido la dedicación de la joven Ángela desde años atrás. Y manos a la obra. No sin cierto temor, aunque contando con la aquiescencia del padre Torres, Angelita se presenta ante la superiora de la Comunidad de Hijas de la Caridad. Ante la sorpresa de Angelita, fue afectuosamente recibida e ingresó como postulante en la Comunidad.

Pero, ¿qué quiere que le diga?, los biógrafos de Angelita cuentan cómo la salud le falló de inmediato. Su estómago le jugaba constantes y malas pasadas, de manera que las Hijas de la Caridad, valorando la virtud y la entrega de la joven postulante, decidieron trasladarla a Cuenca, por ver si en otras tierras de diferente climatología recobraba su salud. No funcionó el invento, más bien empeoró la situación. ¿Angelita sin oler a Sevilla, sin pasar por debajo de la sombra de la Giralda, sin escuchar sus campanas, sin recorrer sus iglesias, sin atender a sus pobres y necesitados, sin sentir las santas orientaciones del padre Torres?

Nuevamente Angelita sufrió la decepción de tener que dejar a un lado sus aspiraciones de ser monja. Adiós al hábito y adiós al convento. Pero ...¿ no sería que Dios tenía otros planes para la flacucha joven sevillana a la que pronto el mundo admirará transformada en la "mujer fuerte" de la que habla las Sagradas Escrituras?

"El ansia y el vehemente deseo que sentía porque llegara la hora de verme realmente en este estado, para poder decir a mi divino Salvador: Ya, Señor, he hecho vuestra santa voluntad, ¿qué queríais de mí que no lo haya hecho".

Primeros escritos, 22 de Marzo de 1873.

NACE "ÁNGELA DE LA CRUZ"

Angelita volvió a su trabajo. En sus ojos reluce el mismo brillo de siempre. En sus manos, la misma generosidad. Dos caminos "frustrados": el contemplativo y el de vida activa. ¿Y si Dios quería, precisamente en aquellos convulsos tiempos de la España del último tercio del siglo XIX, hacer ese escorzo de desconcertar con lo más débil a lo más fuerte? ¿Y si para Dios eran tiempos de manifestar a los humanos una síntesis existencial de contemplación y acción caritativa? ¿Y si eran tiempos para que en adelante ascética y mística se desarrollasen fecundamente hermanadas con el imperativo de que "lo que hacéis con uno de mis hermanos más pequeños conmigo lo hacéis? ¿Y si el tesoro de la espiritualidad del misterio de la cruz debía de aparecer más patentemente testimoniado, como a Dios gusta, en vasija de barro?

El padre Torres responde a los "honoros eclesiásticos" (ha asistido como consultor de la Comisión de disciplina eclesiástica al Concilio Vaticano I (1869-1870) y ha sido nombrado por obediencia canónico de la Catedral de Sevilla por el cardenal Luis de la Lastra y Cuesta, 1803-1876), con más penitencia, con más oración y con una plena dedicación a lo más escandalosamente necesitado de la sociedad hispalense, cosa un tanto infrecuente en las altas dignidades catedralicias. Al padre Torres comienzan a llegarle informaciones de experiencias místicas, vividas por algunas de sus dirigidas, que apuntan a que Angelita está llamada a ser coronada con una corona de rosas por los propios ángeles, como prueba de las profundas virtudes que la joven zapatera encierra. Y para más sorpresas, Angelita había entrado claramente en una etapa de mayor interiorización mística. Había firmado el 1 de Noviembre de 1871 un papelito en el que escribió lo siguiente:

"María de los Ángeles Guerrero, a los pies de Jesucristo crucificado, promete vivir conforme a los consejos evangélicos. Y, en particular, en el silencio, en la mortificación interior, en desechar todo deseo que no sea puramente Dios". *Primeros escritos.* Propósitos.

El padre Torres observa, interioriza y reza. Algo sorprendente está brotando del débil rosal bañado por la gracia inmensa de Dios. Ordena a Angelita que escriba todo cuanto piensa y sienta. Se revela el misterio insondable que Dios había depositado en el corazón de Angelita. En unos pobres cuadernillos, carentes de la adecuada corrección lingüística y con abundantes faltas de ortografía, se hace patente la más profunda e insondable experiencia mística. Las blancas velas de la humilde barquichuela clavada en la cruz del Crucificado comienza a adentrarse, movida por el sople del Espíritu, por el mar del servicio a los más necesitados, mas viene cargada de un empuje desbordante y de la eterna juventud que brota de las llagas del Crucificado en el madero.

Angelita ya no es Angelita. Es Ángela de la Cruz. Ha visto:

"El monte Calvario. Nuestro Señor enclavado en la cruz y la cruz levantada de la tierra. Otra cruz a la misma altura, pero no a la mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca ... Al ver a mi Señor Crucificado deseaba con todas las veras de mi corazón imitarle, conocía con bastante claridad que en aquella otra cruz que estaba frente a la de mi Señor debía crucificarme, con toda la igualdad que es posible a una criatura". (*Primeros Escritos*).

Ya ha visto claro el camino. Ha de salir al encuentro de la cruz vacía. Esa es para ella. En ella ha de crucificarse. Muy cerca. Muy cerquita de su Crucificado. Ya Dios le ha revelado lo que quiere de ella:

"Las virtudes que deben brillar en mí son: la pobreza, el desprendimiento de todo lo terreno y la santa humildad. (*Primeros escritos*).

Ángela de la Cruz, la mujer mística, la maestra de espiritualidad, agudiza su mirada sobre los desgraciados de la sociedad, los privados de lo más elemental, en unos momentos socio-políticos en los que se pretendió dar solución, bien efímera, a tales problemas, y comienza a trazar su proyecto:

"Si, para aconsejar a los pobres que sufran sin quejarse los trabajos de la pobreza, es preciso llevarla, vivirla, ¡qué hermoso sería un instituto que por amor a Dios abrazara la mayor pobreza, para de este modo ganar a los pobres y subirlos hasta ÉL!

(*Escritos sobre la Compañía*).

Esta carisma que el Espíritu le ha inspirado es para vivirlo en comunidad. La monja sin convento traza cómo ha de ser el suyo:

"Una casa donde reine un profundo silencio, sus paredes blancas y toda la casa muy limpia. En todos los corredores no se encuentra ningún mueble, más que de trecho en trecho unos cuadritos bastos que representan las estaciones del vía crucis, con una crucecita pequeña encima".

(*Papeles de conciencia*)

De la cruz que Ángela tiene entroniza en su corazón brota (como el río de fertilizante agua que, en visión mística del profeta Ezequiel (47, 1 ss) brotaba del templo y crecía y crecía hasta fertilizarlo todo) un torrente de disposición de servicio a los pobres, ahogados en el mar pútrido de una sociedad esclavizadora y explotadora de los más desvalidos:

"Una religiosa retirada del mundo llena la primera parte de mis deseos; pero ¿y mis hermanos que tanto los amo? Yo no los puedo abandonar. Mi Dios hecho hombre por ellos y derramando hasta la última gota de su sangre, y yo a imitación suya, aunque nada les pueda dar, tendré el consuelo de llorar con ellos y sentir sus penas. ¡Ah Dios mío! Ni cuando partiste a tu gloria nos quisiste dejar solos y te quedaste con nosotros en el Santísimo Sacramento para siempre; y yo que en todo quiero imitarte, me quedo con ellos hasta la muerte"

(Papeles de conciencia).

El espíritu práctico aprendido junto a sus padres, así como la certeza, tantas veces experimentada, de que no son palabras lo que los pobres necesitan, así como el testimonio vital recibido del padre Torres, le llevan a Ángela de la Cruz a atar todos los hilos de su proyecto comunitario. Las palabras se las lleva el viento y a nadie convence, a nadie transforma, ni a nadie ayuda. Los hechos perduran y arrastran, por lo que decide que sus hijas han de vivir la radicalidad del evangelio, pues sin dicha radicalidad este queda desvirtuado y carente de autenticidad y de fuerza motriz:

"Desprendida de todo, hasta de ellas mismas, sin tener nada terreno ni más ropa que la puesta, y ésa de limosna; ni flores, ni estampas, ni ninguna clase de animalitos, para que en nada pueda apegarse el corazón; ocultas y desconocidas y sin ninguna apariencia que las haga más particulares que las demás ... de una vida extraordinaria por su penitencia, su obediencia y mortificación en todo. Su oración debe ser continua.. así ellas, sólo para aliviar a sus hermanos, deben interrumpir su oración. En fin, ellas deben ser los ángeles de este mundo que lleven el consuelo a todas partes"

(Papeles de conciencia).

"Benditas las Hermanas que empuñando el estandarte de la cruz caminan con paso firme en este mundo, sin retroceder ni volver la cara atrás, ni porque el mundo las halague ni porque el amor propio se resienta alguna vez; sino que con su cruz en la mano desafían a todos los acontecimientos de la vida que puedan interrumpir su paso".

Un tesoro en vasija de barro, número 229.

LA COMPAÑÍA DE LA CRUZ

El perfume de la rosa es expansivo, incontrolable, generoso. El padre Torres sabía qué había dentro de Ángela de la Cruz, creyó en ella, y la contempló en todo momento con la certeza de que "lo suyo" no eran rarezas de una "mujer especial", ni imitación piadosa de sus muchas lecturas de vidas de santos, ya que estas no fueron ni muchas ni pocas; sencillamente, así de evidente, carecía de todo tipo de instrucción libresca, pues le faltaban por aquel entonces los más elementales conocimientos para poder acceder a una lectura frecuente y sistemática. El padre Torres sabía que la rosa encerraba un profundo tesoro en su interior. Buen sicólogo, acudió a una estrategia que vino a dar unos excelentes resultados, como si de una terapia de los modernos sicólogos se tratase. Le mandó que escribiese cuanto pensase.

Ángela de la Cruz, al principio con dificultad suma, mas poco a poco con mayor fluidez expresiva, comenzó a exteriorizar en sus escritos la sorprendente profundidad de su pensamiento y, de esta manera, fue trazando, con la paciencia y modestia con que el pajarillo construye su nido, lo que había de ser la nueva comunidad de la Compañía de las Hermanas de la Cruz. Lo que Dios le pedía lo tuvo prontamente claro; viviría como una auténtica monja, aunque no lo hiciese en un convento. Sería su convento la pobreza, una pobreza radical desde la que, pobre con los pobres, estaría apta para comunicarles la inmensa misericordia de Dios, razón de su servicio incansable y sin límites.

En 1873 hace una petición insólita al padre Torres. Quiere formular sus votos perpetuos. El padre accede. Ángela es ya monja. De manera oficial se ha consagrado a vivir intensamente los consejos evangélicos. Sigue trabajando en la zapatería, sigue viviendo una intensa vida de oración, sigue asentada en una penitencia y austeridad acendradas, sigue entregada a las familias más necesitadas. Su proyecto de constituir un Calvario, hermanada con otras hermanas que se entregasen a esa locura de Dios por los pobres, va quedando cerrado hasta sus últimos detalles.

A mediados de 1875 el padre Torres considera llegado el momento. Comunica a Ángela de la Cruz que ha llegado la hora de comenzar a hacer realidad el proyecto. Ángela abandona el taller de zapatería y comienza a gestar lo que iba a ser la primera Comunidad de las Hermanas de la Cruz. El arranque no está exento de las mayores dificultades. Pronto se unen al proyecto tres jóvenes sevillanas, dos de ellas provenientes de un estrato social pobre (Juana Magadán y Juana María Castro) y otra, Pepa de la Peña, terciaria franciscana y mujer que pertenecía a un estrato social y económico más elevado.

Ya están las cuatro listas. La ilusión las embarga. El padre Torres las orienta y anima. El dos de Agosto de 1875 y en el monasterio jerónimo de Santa Paula las cuatro nuevas hermanas asisten a la Eucaristía "fundacional" que celebra el padre. Están del todo decididas a adentrarse en el profundo misterio de la cruz. No se trataba, sin embargo, de una idea romántica a lo divino. Comienza un lento caminar de fecunda pobreza y entrega en pro de los desheredados de la tierra, asidas a la cruz del Crucificado.

Pepa Peña ha hecho donación de cuanto tenía a la nueva Congregación. Con ello habían alquilado lo que fue el "primer convento": un cuartito con derecho a cocina en la calle de San Luis nº 13 con los más elementales utensilios: mesa, unas sillas, esteras de juncos para dormir, un crucifijo y una estampa de la Virgen de los Dolores. La casi totalidad de lo aportado por Pepa Peña fue a parar a las casas de los más necesitados de Sevilla.

Con ello, en la Sevilla del siglo XIX se había inaugurado una nueva forma de testimoniar el amor a Dios y a los pobres. Estas cuatro mujeres no se dedican a hacer caridad desde arriba, sino desde dentro. Sólo Pepa hubo de descender; Ángela, Juana y Juana María ya estaban dentro de la pobreza. Sabor a pobre había en el primer "convento", olor de la limpieza del estropajo y de la aljofifa, alegría del desprendimiento radicalizado, luminosidad de la cal, reverdecer de los modestos geranios. Todo llevaba a Dios. Las hermanas, en pareja, comenzaron sus rondas de amor incansable durante el día y durante la noche por los lugares donde eran llamadas por las voces semiapagadas de los más necesitados. Había nacido la Compañía de la Cruz.

"La limpieza del suelo y la blancura de sus paredes nos representan la limpieza de todo pecado, la pureza de cuerpo y de intención; la desnudez de muebles, el desprendimiento de lo terreno; y las cosas de nuestro uso tan bastas y sólo las muy precisas nos predicán la pobreza; el silencio y la soledad nos convidan a la oración y al trato con Dios"

Papeles de conciencia, Junio de 1875,

A CRECER, QUE LA NECESIDAD ES MUCHA

Una imagen vale más que mil palabras. Aquellas mujeres, toscamente vestidas, con una mano extendida para pedir -mendigas de Dios- y la otra diligente para entregar lo recaudado en las manos de los más necesitados, no podían pasar desapercibidas en la Sevilla de la época. Los pobres tenían un consuelo; la iglesia, una inquietud; los bien acomodados en la simbiosis poder-dinero-religión, una razón para la crítica; los mediocres, un " a mí no me importa meterme en las vidas ajenas, pero lo que yo digo es que para ser cristianos no hay que hacer tanto sacrificio ni tanta penitencia, que así no duran dos días". Sólo ellas y el padre Torres sabían que tenían que ir a lo suyo, a lo de Dios, pues escuchar el canto de las sirenas era una pérdida de tiempo y, para perderlo, ya había otros.

El padre Torres -que un canónigo era un canónigo, aunque cualquier alharaca no era más que superficialidad pura y vanidad de vanidades para la grandeza y santidad del cura canario- acudió al cardenal arzobispo de Sevilla, Lastra, y le solicitó que aprobase lo que él denominó una "piadosa congregación de señoras". ¡Cómo endulzaste la píldora, buenazo padre Torres, cómo sabías moverte, aunque no era lo tuyo, por entre los vericuetos eclesiásticos y curiales! Acudió igualmente al alcalde del Cabildo sevillano solicitándole permiso para que las Hermanas pudiesen limosnear por Sevilla.

Las Hermanas tenían que atender cada día a más y más gente. No daban abasto. La habitacioncilla de calle San Luis no era ya suficiente. Las Hermanas limosnearon cuanto pudieron y pronto estuvieron en situación de poder abrir la casa que sería su nuevo convento. Esta vez en el barrio de San Lorenzo, en la calle Hombre de Piedra nº 8, en la feligresía de la que por aquel entonces era párroco un sacerdote que en Sanlúcar había sido capellán de las religiosas Descalzas (1866), el padre Marcelo Spínola y Maestre (1835-1906), luego cardenal de la ciudad hispalense. Lo primero que hizo don Marcelo fue extender la adecuada acreditación para las Hermanas dentro de su feligresía.

El proyecto de Sor Ángela de la Cruz comenzaba a consolidarse. El cardenal Lastra las oficializó cuando decidió que las Hermanas comenzasen a vestir hábito, el hábito que Sor Ángela había diseñado desde tiempo atrás: pobre, austero, túnica y escapulario de bayeta parda, cordón franciscano, toca blanca y alpargatas, manto negro y amplia bolsa, que no en balde las Hermanas estaban llamadas a transportar de todo a las casas de los necesitados. Habrían de ser pajarillos de la Providencia, como esos que en sus propios picos portan lo necesario hasta el nido donde se encuentran los más pequeñuelos necesitados. Pues a falta de pico, buena bolsa, que en una buena bolsa todo cabe.

Sin embargo, así son las cosas de Dios, paradójicamente quienes habían brotado para vivir en la sombra y ocultas, acompañadas sólo de la cruz de Cristo, prestamente gozaron del reconocimiento generalizado de la Sevilla toda: para los pobres se hizo insustituible el bálsamo que las hijas de Sor Ángela significaban, y para los ricos vinieron a suponer una constante denuncia "sin palabras", pero sí "con su solo testimonio", de las injustas situaciones sociales, de manera que algunos de entre ellos, por las razones que en lo recóndito existiesen, resultarían a la postre bienhechores y protectores de las Hermanas, quienes dejaban en las manos de los necesitados en su totalidad lo que de los bienhechores provenía. Así se hicieron posibles muchas de las realizaciones que con el correr de los años acometió Ángela de Cruz y sus hijas.

El padre Torres, en un sermón que pronunció en la parroquia sevillana de San Martín, dejó bien establecida, para que nadie se llevase a engaño, cuál era la identidad de la Compañía de las Hermanas de la Cruz: "... una humilde y hasta ahora exigua institución de verdadera caridad cristiana que lleva el consuelo espiritual y temporal al pobre miserable y al enfermo desvalido, y a la niñez y juventud abandonada...". Ahí quedaron las cartas credenciales.

Como el amor es difusivo "per se", prontamente nuevos campos se abrieron a la dedicación de la Compañía; mas estos no vinieron dados por una estrategia de expansión programada, sino de la vida misma, de manera que la necesidad hizo que las puertas se abrieran a niñas desvalidas; y la Compañía que, en su arranque fundacional, no contemplaba como uno de sus objetivos estas actividades, vio la necesidad de atender a aquellas niñas y de educarlas, tanto como alumnas internas o como externas. Es por ello por lo que se hubo de alquilar una casa en la calle Hiniesta, para dedicarla a colegio. Al mismo tiempo, comienzan a surgir demandas para que se fuesen abriendo nuevas comunidades de Hermanas en diversos puntos de la geografía andaluza.

"Todo hacedlo en silencio, sin publicidad; trabajando ocultas, como si estuviéramos debajo de la tierra, para no malograr el fruto del sacrificio por Dios y por el prójimo con lo que pudiera llamarse vanagloria del bien"

Un tesoro en vasija de barro, número 610

LOS TRES PEPE

Es indiscutible el papel profundamente benefactor de los tres sacerdotes que desempeñaron la función de padre Director de la Compañía de las Hermanas de la Cruz. Casualmente los tres con el mismo nombre: el padre José Torres Padilla, el padre José Álvarez Delgado y el padre José María Rodríguez Soto.

Los tres "Pepe" dejaron su impronta tanto en Sor Ángela de la Cruz como en la Compañía. Diría que un denominador común en los tres fue su profundo respeto por la evolución y por el carisma de Sor Ángela y su entrega firme a la obra de la Compañía, así como una característica constante en la idiosincrasia de la Sevilla de siempre, su carácter barroco, patentizado en el amor por el contraste, por la dualidad, como aquellos cuadros del Barroco (In ictu oculi, Finis gloriae mundi del sevillano Valdés leal, 1622-1690) que expresaban en su parte de arriba la grandeza y luminosidad de lo divino, y en su parte inferior la miseria y podredumbre de lo humano. El padre Torres conllevando, por una parte, las alharacas del canongío y su dedicación pastoral en el confesionario a los linajudos apellidos de la Sevilla del XIX, y por otra asido a la más extrema pobreza y penitencia. El padre Álvarez, fugaz suspiro de aire fresco a la sombra de Sor Ángela, pasando de la cama de cortesía para cuando le visitase el médico a la seca y dura tabla que tenía como lecho. Y el padre Rodríguez Soto, al par capellán de los Montpensier en el palacio de San Telmo y testimonio de entrega a los más desgraciados de la sociedad. Indiscutiblemente sevillano el fenómeno. No poco de dicho espíritu quedará en la Compañía de la Cruz.

El padre Torres fue quien moldeó el espíritu de Sor Ángela, quien le fue abriendo cauces para que fuese brotando aquel torrente de santidad y de radicalidad evangélica, quien colocó las primeras piedras del bello edificio que día a día, clavada en la cruz, iba labrando la Santa. El padre Álvarez fue como un descanso en el duro camino, como una parada para tomar aliento, como una "prueba de fuerza" de que el edificio estaba sólidamente labrado, como una ayuda para ir construyendo el reconocimiento de la oficialidad de la obra de Sor Ángela. Sólo cuatro años. Cuatro años de generosidad. Cuatro años de veneración a Sor Ángela. Cuatro años de reclutar postulantes que vendrían a ser de suma importancia en la Compañía de la Cruz. Cuatro años de santidad, abrazado a aquel escapulario de "Hermano de la Cruz" que un día le impusiera el cardenal Joaquín Lluç y Garriga (1816-1882). El padre Rodríguez Soto, director de la Compañía durante 24 años, será algo distinto. A él correspondió el dar oficialidad a la conclusión del edificio. Será quien encauce "todo el papeleo" burocrático, quien asista a la expansión, junto con Madre, de la Compañía, fundaciones tras fundaciones. Diría que de alguna manera le tocó asimismo encauzar en moldes de posteridad el arrebató instintivo y creador del espíri-

tu de Sor Ángela. Había que dar solidez y moldes estructurales estables a la obra para que quedase preparada para superar las tempestuosas olas de los tiempos, y ello, tarea no fácil, correspondió al padre Rodríguez Soto.

Tres estilos, tres talantes, y ¡qué humildad de Madre! ¡Qué grandeza y pureza de corazón para ver en las decisiones de cada uno de ellos la voluntad de Dios! ¡Cómo se anonadó! ¡Cómo se puso, como frágil vasija de barro, en las manos de Dios, viendo en sus Directores el instrumento por el que Dios, sólo Dios, le iba abriendo el surco en el que ella pudiera enterrar su semilla personal y la de su Compañía! ¡Qué insondable es el camino de Dios! ¡Qué grandeza la de quienes tanto se vacían de sí mismos que dejan de ser y serse para que sólo sea el que lo es por esencia!

"Con la obediencia se prepara el alma, con esa preparación remota tan necesaria para recibir a nuestro Señor con provecho espiritual. El que es Criador, Señor de cuanto existe, obedece a la voz del sacerdote, sea el que sea: lo mismo baja a las manos del más santo que a las del más pecador; y para quedar encerrado en unos sagrarios que, aunque unos son de oro precioso y están bien cuidados, otros son de pobre madera y están muy descuidados. A vista de esta perfecta obediencia ¿quién para prepararse a recibir a nuestro Señor no se abraza con la obediencia, aunque la Superiora no le guste, aunque sea una delegada? ¿Cómo rechazar estos actos de obediencia, cuando mi divino Maestro va delante enseñándome el camino? ¿Cómo me atrevería mañana a acercar mis labios al divino costado, si me separara de la obediencia"

Un tesoro en vasija de barro, número 452.

SIGUE LA EXPANSIÓN DE LA COMPAÑÍA

Se trasladaron luego las Hermanas a la calle Lerena número 3. La anterior casa se había quedado pequeña, y de allí, posteriormente, a la Calle Cervantes 12 (1881), para concluir, pasado algún tiempo, en la Calle Alcázares, calle que el Cabildo republicano hispalense, por acuerdo unánime de todos los partidos, decidiría en 1932 rotular con el nombre de Sor Ángela de la Cruz. Ya no eran sólo las Hermanas quienes decidían a título particular, siguiendo las instrucciones del padre Director. La Compañía tenía ya plena carta de ciudadanía dentro de las instituciones de la Iglesia, razón por la que fue el cardenal arzobispo hispalense fray Ceferino González y Díaz Tuñón (Villoria -Asturias-, 1831 - Madrid, 1894) quien decidió que se intentase la adquisición de una casa aún mayor. Fue Emilia Riquelme, hacendada sevillana, quien hizo posible la adquisición para las Hermanas de una casa en la Calle Alcázares, que tenía, al momento de su venta, muchos novios. Adquirida, hubo de hacerse el traslado. Como en traslados anteriores, lo harían las Hermanas portando cada cual lo que pudiese; pero, hete aquí que el pueblo sevillano sabía ya de la noticia, y tuvo esa sensibilidad que tan sólo suele tener el pueblo llano y sencillo. Llenaron la calle de toda clase de carros para trasladar a la nueva casa "las cosas" de Madre y de las hermanas. Nadie ha tenido nunca que dogmatizarle al pueblo, que bien sabe dónde se encuentra el testimonio fetén y dónde impera la palabrería vacía y hueca.

Son estos unos años en los que Madre va viviendo con una profunda intensidad los hitos de la marcha de la Compañía, al ritmo de un constante crecimiento espiritual, que vino a convertirse en una gracia desbordante para cuantos a ellas llegaban. Penitencia, oración, entrega, siembra evangelizadora y orientación a las Hermanas van llenando los años de madurez de Madre. Sus ojos profundos, desde los que difícilmente se puede desprender más alegría, más dulzura, más paz y más amor, contemplan, sufren y gozan con la trayectoria de la Compañía: aprobación y bendición por parte del cardenal Lastra de la "piadosa y caritativa institución" (1876), elaboración del "documento 0" de lo que vendría a ser la Regla de la Compañía de las Hermanas de la Cruz (comenzado por el padre Torres, basándose en los primeros escritos de Ángela de la Cruz), muerte del padre Torres en 1878, aprobación de las Constituciones de la Compañía por parte del nuevo arzobispo, fray Joaquín Lluch (1879), muerte del padre Álvarez (1882), visita de Madre a Roma para asistir a la beatificación de San Juan de Ávila y de Fray Diego José de Cádiz, teniendo la ocasión de entrevistarse con el Papa León XIII, quien firmó el decreto inicial de aprobación de la Compañía, que con posterioridad se completaría con el denominado "decreto de alabanza" (1898), muerte del cardenal Spínola (1906), muerte del padre Rodríguez Soto (1907), supresión de la figura del Director de la Compañía de la Cruz, y comienzo del nuevo tiempo en el que Madre sola

habrá de hacer frente al gobierno de la misma como la primera Madre General (1907), aprobación definitiva por San Pío X (1908), así como reelecciones y reelecciones de Madre hasta cuatro veces.

Volvió a ser reelegida el 28 de Agosto de 1928. Madre tenía 80 años. La superioridad eclesiástica consideró que la edad era excesiva para estar al frente de la Compañía de las Hermanas de la Cruz. El cardenal Eustaquio Ilundain (Pamplona, 1862 - Sevilla, 1937), a quien Roma había autorizado para que actuase según su criterio, no concedió la dispensa; por lo que fue elegida la Hermana Gloria. Madre lo aceptó con plenitud de paz y con una sencillez y humildad que sorprendió a sus descorazonadas Hermanas. "Dios se lo pague a Dios", fueron sus significativas palabras, postrada a los pies del representante del cardenal que había sido portador de la decisión.

"Padre, esta pildorita (se refiere a la humildad) es la más necesaria a nuestra Compañía. Porque es verdad que tenemos que sufrir mucho, pero dichosos sufrimientos si logramos con la ayuda de Dios llevar a cabo esta obra de perfección. ¡Oh!, si logramos la unión de estas almas en este grado de perfección, cuánta gloria para nuestro Dios. Porque si tan agradable le es la vida penitente y de abnegación, cuánto le agradará si a esto se une la caridad con los prójimos".

Papeles de conciencia, agosto 1875.

MADRE SIEMBRA EL ROSAL DE LA CRUZ EN SANLÚCAR DE BARRAMEDA

1909 fue un año de gracia para la Ciudad, una Ciudad hermanada también con la capital hispalense en su esencialidad barroca. Sanlúcar de Barrameda, la otra villa de los Medinasidonia, apareció siempre y en muchas de sus manifestaciones como una Sevilla en miniatura. Lo había venido siendo desde mucho tiempo atrás. Sevilla tenía la suntuosa corte de los Montpensier, Sanlúcar desde mediados del siglo XIX la "corte estival" de dichos señores. En Sevilla compatibilizaban la Ciudad linajuda, hacendada, de personajes ilustres y nobiliarios, con la Sevilla de los suburbios, de los arrabales, de los patios de vecinos, en los que habían tomado posesión la miseria, la incultura y el abandono. Era la Sevilla de las cruces humanas encarnadas, a las que las Hermanas de la Cruz llevaban el bálsamo de la alegría, de la limpieza, de la gracia, y de la ayuda material: "una mano para recoger, la otra para entregar".

Ambas caras se daban asimismo en la Sanlúcar de principios del siglo XX. Por una parte, en la superficie de la Ciudad, la que aparece reflejada en los documentos de la época, se alza una Sanlúcar tranquila, próspera y desproblematizada (*Heraldo de Sanlúcar*, edición de 7 de febrero de 1902): ricos productos agrícolas; la manzanilla conocida y apreciada por todos; abundantes pastos para el ganado y reconocida producción de sal; fábricas de aguardientes y licores, de harina y de jabón; buena industria pesquera; productivo comercio de vinos, licores y aguardientes; y exportación de sus abundantes frutas. Aunque vivir en la Ciudad resultaba caro, los visitantes se deshacían en elogios afirmando de ella: "pedazo de gloria que Dios ha puesto en el sur", "tan buena como San Sebastián", "playas, paseos, fondas, calles y calzadas inmejorables", "los festejos de agosto cuestan al Ayuntamiento 50.000 pesetas". Todo es descrito como un encanto de hermosura, esplendidez y buen gusto.

Era la cara idílica y elitista de la parte superior del cuadro barroco de la Ciudad. A sus pies, se encontraba la Sanlúcar real, la del pueblo. La sociedad sanluqueña estaba perfectamente estratificada: una oligarquía minoritaria de terratenientes y bodegueros, una pequeña burguesía alejada de los focos del poder, y un proletariado, casi en su totalidad campesino, sometido a unas inhumanas condiciones de vida: paro, hambre, bajísimo nivel salarial, miseria, incultura, familias hacinadas en lúgubres habitaciones apiñadas junto a un patio de vecinos, con carencia total de lo más elemental para mal vivir.

A esta Sanlúcar "barroca" es a la que arriba un buen día Madre con su tropa de Hermanas de la Cruz, sin más equipaje que su pobreza, su penitencia, su sentido de Dios y su amor incansable a los más desgraciados de la sociedad. Habían potenciado la fundación sanluqueña el incansable predicador por todas las tierras de

Andalucía, padre Francisco Tarín Arnau (Valencia, 1847 - Sevilla, 1910), por una parte, y Francisco Picazo Núñez, benemérito sanluqueño, reconocido además por la fundación del Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y por una hospedería en la Calle Carril de San Diego, donde durante algún tiempo se prestó atención a los pobres y desvalidos que a ella acudían. Reproduzco, pues se trata de un bello retrato costumbrista, pleno de riqueza y contenido, la descripción que de la fundación sanluqueña realizó la secretaria general de la Compañía por aquel entonces:

"Mucho tiempo hacía que se estaba gestionando una fundación en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), que al fin llevóse a efecto inaugurándose el 31 de agosto de 1909.

Interesándose en ella, escribió a nuestra Madre una breve, pero expresiva carta, el entonces famoso misionero jesuita Reverendo Padre Tarín que empieza con estas palabras: ' Cuánto ame este pobre ministro del Señor la Compañía de las Hermanas de la Cruz, consta a V.R. por este gran deseo que tengo de que sean conocidas en todo el mundo '. Y después de manifestar el gusto con que vería la fundación de Sanlúcar y que el Señor Don Francisco Picazo estaba dispuesto a no perdonar gasto ni diligencia para conseguirla, termina: ' Encomiéndeme a Dios y ruegue a las Hermanitas que no olviden en sus fervientes oraciones al pobrecillo misionero Padre Tarín '.

Antes de la inauguración, fueron las Hermanas para arreglar todo lo necesario, y al llegar encontraron las tarimas en el patio, la casa ausente de la más elemental limpieza y sin muebles de ninguna clase; así que por primera providencia mandaron a comprar escobas y empezaron a barrer, sacudir, deshacer los envoltorios enviados y ordenar lo más indispensable; pero al intentar preparar la comida encontraron en la cocina que a los huecos para guisar les faltaba la correspondiente hornilla. El Fundador, D. Francisco Picazo les había mandado un hombre de su confianza para que hiciera los primeros mandados que se les ofrecieran, y gracias a ello pudieron arreglar lo más preciso, pues los vecinos que habían habitado la casa la dejaron completamente desmantelada. Pero donde únicamente sintieron ellas pena por la suma pobreza, fue en el Oratorio, que hubieran deseado disponer y adornar mejor. Lo pusieron esmeradamente limpio, pero estaba tan pobre, que por candeleros y floreros hubieron de utilizar botes de cristal llenos de arena, en los cuales pusieron las flores y las velas. Como la población es bastante grande y la iglesia está muy apartada, nadie se dio cuenta de la llegada de las hermanas, ni acudieron a ofrecerse y prestar ayuda en los primeros momentos, como ocurre en la mayoría de las fundaciones. En la mañana del día señalado, fueron las Hermanas a la iglesia de los Padres Escolapios que está en la misma plazoleta del convento, confesaron con el Rvdo. P. Tarín, que había querido officiar en la función inaugural y volvieron a la casa, donde el Padre dijo la Santa Misa, dio la Sagrada Comunión a las Hermanas, dejó a Su Divina Majestad en el Sagrario (cantando las Hermanas un motete) y se despidió manifestándose muy complacido por ver llevada a efecto la fundación.

Los Padres Escolapios, que hasta verlas aquella mañana en su iglesia no supieron la llegada de las hermanas, se llevaron invitado aquel día al P. Tarín y a D. Francisco, y ellas estuvieron acabando de arreglar detalles de la casa, deseosas de empezar cuanto antes sus ministerios. En la tarde del mismo día, el Sr. Arcipreste de aquella población les erigió el Vía-Crucis en el Oratorio.

El primer enfermo que visitaron fue uno que vivía en las afueras de la población, al cual las mandó Don Francisco. Era un pobre obrero con ocho hijos, que de resultas de una mojada, por salvar al más pequeño que se le cayó en una alberca, cogió un catarro de mal género que a la larga degeneró en tuberculosis y se encontraba en sumo desamparo y necesidad. Las hermanas lo visitaron mucho tiempo diariamente, procurándole alimentos, medicinas y cuantas comodidades le pudieron proporcionar; se llevaron a tres de las hijas pequeñas dejándole a la mayor para que le ayudara a la madre; colocaron a los niños y se ganaron de tal modo el afecto de toda la familia, que el enfermo recibió antes de morir todos los auxilios espirituales con gran deseo de su alma y edificación de los presentes, y la mujer y los hijos han conservado inviolable el agradecimiento y cariño a las Hermanas.

Hasta que no empezaron sus actuaciones con los enfermos no se dio cuenta la población de la presencia de las hermanas, y sus primeros pasos les aseguraron el respeto y admiración de todos. Nuestra Rvda. Madre (se refiere a Santa Ángela de la Cruz), después de disfrutar grandemente con los detalles de pobreza que acompañaron a esta fundación en sus comienzos y habiendo alentado a sus hijas y dádoles compañía, volvió a Sevilla muy contenta del nuevo campo en que habían de ejercitar su actividad y celo. Aquella casa adoptó por santo protector a S. Pedro de Alcántara, y se fundó con diez Hermanas, dedicadas a la visita de enfermos, colegio de externas y además el internado de huérfanas, que oscilan entre veinte y veinticinco".

Así. Así de sencillo. El rosario de penitencia donante de amor que un día sembrara Angelita había llegado a Sanlúcar de Barrameda. Transformarían su casa poco a poco en un nuevo calvario de amor. Con las limosnas del vecindario, labrarían su modesta capilla (1916) con olor a cenáculo, con humildad dignificadora, con silencio apelativo y mística simbología que invita a introducirse en un encuentro con Dios que lleva a ver la realidad de este mundo desde una perspectiva completamente nueva. Las alumnas llegarían pronto al centenar y allá por 1978 cuando don Manuel Barbadillo entrevistó a medio pueblo y plasmó dichas entrevistas en su obra *Sanlúcar de Barrameda* 1978 el número de las alumnas había llegado a 406.

El Ayuntamiento reconoció la benéfica labor de las Hermanas en la Ciudad y las nombró hijas adoptivas de la misma y, con posterioridad, promovió un homenaje a Sor Ángela de la Cruz con plasmación en la rotulación de la Plazuela que está delante del convento con su nombre, y con la colocación de un busto de la santa, a la que

las Hermanas contestaron agradeciendo tanta generosidad para con ellas, por lo que en la sesión de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de 10 de diciembre de 1970 se vio "escrito de las Hermanas de la Cruz dando las gracias por el homenaje que se proyecta tributar a la fundadora de la Compañía con la colocación de un monumento de la misma en la Plaza en que se encuentra situado el convento en esta localidad".

No era, sin embargo, un mero rosal benéfico lo que Madre había sembrado en la necesitada tierra de Sanlúcar de Barrameda. Era un rosal de Dios y, por serlo, un rosal de amor, de ascética penitencia y pobreza para, desde ellas, poder estar siempre y muy cerca de los más necesitados de la sociedad. Junto a las cruces de los hogares desfavorecidos se habían aposentado unas mujeres de Dios, próximas porque viven "instaladas en la cruz", convirtiéndose, como cantó el joven poeta sanluqueño Fernando Romero Barrero en 2002, en:

"Templos del Amor mayúsculo,
procesiones de paz,
báculos de los pequeños,
ejemplos de santidad".

Llegaron las Hermanas a la Ciudad sanluqueña, tan necesitada, tan distinta de la punta del iceberg que solía aparecer en los periódicos y revistas grandilocuentes de la época, con la lección bien aprendida. Ellas mismas eran la lección. Madre lo había dejado bien claro:

"La principal ocupación de la Compañía tocante a sus hermanos, será: primero, asistir a los enfermos en sus casas; esos enfermos que si se llevan al hospital se mueren más pronto, con una gran amargura; y si se les socorre y consuela sin apartarlos de sus hijos, la amargura se convierte en una dulce tranquilidad, y mueren dando a Dios pruebas de su agradecimiento" (*Escritos íntimos*- 1875).

Pronto hará un siglo que este testimonio vivo y plástico de la vivencia sin medianías de los valores evangélicos permanece en la Ciudad, asentadas como el primer día de su llegada en unas coordenadas inamovibles: oración, contemplación, austeridad, donación a los pobres y alegría, mucha alegría.

"Quiero que estén en la recreación contentas y ocurrentes, para que rían y gocen en Dios y por Dios, y por Dios lleven la cruz con ligereza y no con pesadez. Por eso os encargo la alegría espiritual tan precisa en el estado religioso"
Un tesoro en vasija de barro, número 59.

LA ROSA SAMARITANA FUE LLEVADA A LOS CIELOS

Había dado Ángela de la Cruz cuanto llevaba dentro. Aquella zapaterita pequeña, enclenque, "más que negra", casi analfabeta en sus orígenes, había labrado clavada en la cruz, "muy cerquita" de su Amado Crucificado, una Compañía que tenía ya unas dimensiones de presencia en el mundo y de generosidad creadora del todo impensables en sus orígenes. Lo que Dios quiso de ella estaba del todo consumado. La Rosa samaritana requería ya nuevas tierras. Su perfume estaba ya garantizado en sus hijas. Al "fiat" de la zapaterita había de suceder el "consumatum est" de la santa.

Cuánto había pasado Madre con el tiempo. Cuántas vivencias. Cuánto amor. Y llega al final en plenitud mística con Dios; mas, como cantó el poeta sevillano Antonio Machado, tan "ligera de equipaje", tan "desnuda" del "vanitas vanitatis" en el que los humanos perdemos ilusoriamente el tiempo, que son un referente inequívoco las últimas palabras que salieron de los labios de Madre:

**"No ser,
no querer ser;
pisotear el yo,
enterrarlo si fuera posible".**

Madre ha llegado a la plenitud. Sólo una "loca de amor de Dios" puede pronunciar dichas palabras. Sólo el místico puede llegar a la plenitud de su significado. Madre se ha plenificado, y ha llegado a plenitud por el camino del anonadamiento. ¡ A menos yo, más Tú! Restaría aún una nueva espina purificadora clavada en sus pétalos de santidad: nueve meses de enfermedad. Una embolia cerebral la deja parálitica del costado derecho y sin habla. Nueve meses en los que la palabra se convirtió en mirada. Nueve meses de cruz, en los que siguió siendo un arca de dulzura y un auténtico milagro de luz. No hacían falta las palabras. "Todo estaba consumado". Bastaba, solamente bastaba la mirada de Madre.

No quedaba ya en el pecho de Madre ni un solo reguerito de vida. La muerte vino a darle su lanzada. Había escogido para ello la madrugada. 2 de marzo de 1932. Eran las tres menos veinte. Madre vio la luz del momento. Dejaba la cruz, se revestía de la luminosidad de las moradas que prometió el Cristo Resucitado para los suyos. Sus hijas la velaban. Cómo podrían olvidar el momento:

Madre alzó el busto,
Levantó los brazos hacia el cielo,
Abrió los ojos,
Esbozó una dulce sonrisa,
Suspiró tres veces
Se apagó para siempre.

Cruz y luz se acababan de fundirse en ese hondo misterio que sigue a nuestros pasos por la tierra. Sevilla llora la muerte de Madre. La Sevilla, tan entrenada de siempre para la bulla, se lanza, en una lenta y silenciosa procesión durante tres días, a dar el adiós a la "madre de los pobres". No ha muerto la Rosa samaritana, ha sido trasplantada, no sin antes dejar semillas de las que brotarán nuevos rosales y nuevas rosas a los pies mismos de la cruz.

¿Quién iba a decirle a la hija de Pepe -el cardador metido a criado de los frailes trinitarios- y de Pepa, la costurera, que la muerte de su Angelita sería recogida nada menos que en el Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla? Ay, Madre, tú que decías que **"las alabanzas no eran más que tizones de la cocina"**. Estas fueron algunas de las palabras que se escribieron en el Boletín Oficial mencionado (Año LXXV. Miércoles 23 de Marzo de 1932. Número 1.202. Páginas 118-119):

"Con la preciosa muerte de los justos terminó sus días en la madrugada del miércoles 2 de marzo de 1932 la benemérita Fundadora y primera Superiora General del Instituto de la Compañía de las Hermanas de la Cruz, Sor Ángela de la Cruz Guerrero González, en la casa del Instituto, calle de los Alcázares núm. 4, de la ciudad de Sevilla.

(...).

Imposible narrar cómo ha crecido este bienhechor Instituto, que, como de todos los sevillanos es conocido, junto a una admirable austeridad de vida, un continuo servicio de perenne abnegación a los pobres, velando los enfermos en sus humildes viviendas, recibiendo a sus huérfanas en sus colegios y socorriendo, solícito, toda necesidad y desamparo.

Baste apuntar que al morir su insigne Fundadora hay abiertas 27 Casas, una de ellas en Madrid, con 300 religiosas, siéndoles imposible acceder a las constantes peticiones que tienen de ciudades y pueblos solicitando nuevas fundaciones de Casas del Instituto.

Durante tres días ha estado expuesto el cadáver de la Rvma. M. Fundadora en la Capilla del Instituto, habiendo desfilado ante él casi toda la ciudad y muchísimas personas de los pueblos de la provincia venidas ex profeso.

En la Capilla de la Casa Matriz, con asistencia del Eminentísimo y Rvmo. Sr. Cardenal Arzobispo y comisiones del Excmo. Cabildo Metropolitano, señores Capellanes Reales, Abad y Cabildo de señores beneficiados Curas Párrocos y Venerable Hermandad de Sacerdotes de San Pedro Advíncula, se celebró el sábado día 5 de marzo devoto funeral, corpore insepulto, dándose luego piadosa sepultura

al cadáver de Sor Ángela, con las oportunas autorizaciones legales, en la cripta labrada debajo de la capilla de esta Casa Noviciado.

El sábado siguiente, día 12 de marzo, y con grande concurso de fieles de todas las clases sociales, celebróse en la S. I. Catedral Metropolitana solemnísimo funeral, presidido por S. Eminencia. Rvma. El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo, que se dignó officiar de Pontifical en el responso postrero. Corrió la oración fúnebre a cargo del Sr. Dr. D. José de Vides y Sacristán, párroco de San Pedro de esta ciudad de Sevilla, y fueron dignas exequias de tan preclara sevillana, llorada por todos y alabada generalmente por sus virtudes ejemplares".

Se había apagado su vida temporal, una vida que, como afirma Monseñor D. Juan del Río en su Carta Pastoral con motivo de la canonización de la Santa, había tenido como centro la "voluntad de Dios". "No le importaron sacrificios ni esfuerzos con tal de estar abrazada a la voluntad de Dios ... No se movía por el gusto, sino por la íntima persuasión de que Dios le pedía aquel género de vida y aquellas obras de misericordia. Dios es la explicación última de Sor Ángela ... su vida no tendría sentido sin Dios".

"La paz es un tesoro escondido a los del mundo, y descubierto a los hijos de dios que son fieles a la inspiración"

Un tesoro en vasija de barro, número 497.

EL CARISMA DE SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ

Sabido es que por carisma se entiende aquel don gratuito que Dios concede a algunas personas en beneficio de la comunidad y, consecuentemente, esa especial capacidad de la que hace poseedora a dicha persona, por la que producen una particular atracción o fascinación en quienes tienen conocimiento del mencionado carisma y de la persona que lo porta.

Santa Ángela de la Cruz fue en su tiempo una mujer carismática, ¡y con qué pujanza! Santa Ángela de la Cruz sigue subyugando con su carisma en la actualidad a muchas mujeres y hombres, un carisma actualizado constantemente en su persona admirabilísima y en el testimonio perenne de sus hijas. Todo santo es un carismático, mas no todos tienen el mismo carisma, ni esto es característica exclusiva de los santos canonizados por la Iglesia. Diríamos que todos los que son están, pero no están todos los que son. Así de grande es la misericordia de Dios que da sus dones donde, como y cuando quiere.

Algo hay, sin embargo, en Santa Ángela de la Cruz de desbordante, de manantial incontrolado, de misterio inaccesible, de imán entrañable. Parece que en ella se le fue un tanto a Dios el tarro de los aromas, y la criatura supo estar a la altura de la gratuidad de Dios, su Creador y Hacedor.

La verdad es que cuando uno se acerca a la personalidad de Santa Ángela de la Cruz diría que, de alguna manera, ya se va condicionado, no por un determinismo trasnochado, sino por el atractivo que ejercen aquellas palabras de las Sagradas Escrituras: "... por sus obras los conoceréis". Lo primero por tanto que nos lleva a la Santa es el "olfato". Hay en ella tales aromas de autenticidad, tanta exaltación de lo que una criatura de Dios es capaz de realizar, tanta entrega incondicional, tanta generosidad, tanta gratuidad, tanta gracia de Dios encarnada, que del corazón brota la admiración, la simpatía, el deseo de imitación, y el canto de alabanza: "Bendito seas, Señor, en tus ángeles y en tus santos".

Acabado quedó el testimonio personal de Santa Ángela de la Cruz; y la Iglesia la canoniza como una vida de santidad, como una discípula fiel de Jesucristo el Señor, cuyo postura vital nos lleva a Él. Sus escritos nos conducen, sin embargo, a la interioridad de sus vivencias, a algo tan importante como es su mundo interior.

Se dice que cantar es orar dos veces. Diría que escribir es dar más oportunidades para que se pueda entrar en el arca de la interioridad personal, porque las palabras orales responden más a reacciones instintivas y puntuales, mientras que las

palabras escritas expresan con más nitidez lo que son los pensamientos y los sentimientos habituales y duraderos. Que más tienen aquellas de acto, y estas de hábito.

Los escritos de Sor Ángela de la Cruz tienen además varias particularidades a tener en cuenta para su correcta lectura y comprensión. Culturalmente, parte de cero en toda la afirmación que la palabra tiene: adolece de las herramientas lingüísticas elementales, su bagaje cultural es el de una chica de pueblo (del último tercio del siglo XIX, además) y sus conocimientos teológicos o de espiritualidad quedan reducidos a los sermones que pudo escuchar en las iglesias de la Sevilla de la época.

No se ha perder de vista que en la época de Santa Ángela de la Cruz la Iglesia había heredado de la primera mitad del siglo XIX el fenómeno de una des-cristianización creciente de la sociedad y debía de enfrentarse a períodos revolucionarios y de persecuciones, al enciclopedismo y la incredulidad, a los estertores de las viejas reacciones del espíritu volteriano de los afrancesados, a las denominadas "sectas secretas" ("Sociedad de caballeros comuneros" o la masonería) así como al racionalismo y materialismo ideológico. Todo ello hizo que los eclesiásticos y seglares católicos respondiesen a dicha situación con una estrategia apologética, surgiendo apologistas reconocidos como el dominico P. Vidal, o el capuchino P. Vélez, o personajes como Jaime Balmes o Donoso Cortés, así como revistas con la clara intencionalidad de responder al clima cultural antieclesiástico como fueron "El Católico" de Madrid o "La Religión" de Barcelona.

Si esto se producía en la nación toda, al igual sucedía en Sevilla, por lo que Santa Ángela de la Cruz, más que profundas lecciones de teología, es previsible que escucharía en más de una ocasión encolerizados sermones apologéticos, a la defensa pura y dura de los valores religiosos atacados.

Se ha de tener en cuenta, además, que Santa Ángela de Cruz no escribe para dar a conocer su pensamiento a la opinión pública, sino que lo hace para abrir su alma a su director espiritual, en una primera etapa, y para orientar a sus hermanas, en una etapa posterior, por lo que sus escritos están constituidos exclusivamente por "Escritos íntimos" o "Cartas". Los primeros dirigidos a su director espiritual y las segundas a sus Hermanas o a otras personas de su entorno. Nunca para que fueran publicados.

De ello saco la conclusión de que en tales escritos aparece la auténtica personalidad de Santa Ángela de la Cruz. ¡Y qué grandeza, Dios, qué grandeza! ¡Qué grandeza de mujer! ¡Qué grandeza de santa! ¿Cómo es posible, Dios mío, que con el bagaje que atrás quedó descrito, la zapaterilla, "la que es algo más que negra", la

casi analfabeta, llegue a escribir páginas y páginas de tan profundas experiencias de ascética y de mística cristianas enlazando, y con un nivel inexplicable racionalmente, con lo mejor de la tradición ascética y mística de la literatura española. Entremos brevemente en su contenido en los capítulos que siguen.

"Dios, y nada más que Dios, ha podido darnos esto de esta manera, para que aprendamos una vez más que nos ha tomado de su cuenta, y que no quiere que aquí en nada se vea la mano del hombre, sino su providencia"

Propósitos de ejercicios, 1886.

LA ASCÉTICA DEL ANONADAMIENTO

"El monte Calvario. Nuestro Señor enclavado en la cruz y la cruz levantada de la tierra. Otra cruz a la misma altura, pero no a la mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca ... en aquella cruz que estaba frente a la de mi Señor debía crucificarme con toda la igualdad que es posible a una criatura..." (*Primeros escritos*. 22 de Marzo de 1873).

El santo sigue a Cristo. "Cristo... se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos (Fil. 2,6). Ángela de la Cruz entra en el misterio de la cruz. Ella, por amor, ha de hacer lo que su Señor hizo por amor. No sabrá tal vez qué significa "anodarse", pero sí sabe que su vocación le lleva a apocarse, a humillarse, a abatirse, a reducirse a la nada.

Y comienza su tarea. Orientada por el padre Torres ciertamente, pero se trata de su tarea (personal e intransferible) y la de su Amado, Cristo Crucificado. Comienza una lucha interior desconcertante y, en ocasiones, desconcertada, por llevar a efecto este vaciamiento de sí misma y de todo cuanto le rodea. "A mí me quiere nuestro Dios desconocida de todo el mundo, de tal manera que no vea en mí otra cosa que una gran pecadora cubierta de deshonra y de ignominia", escribirá.

Sus escritos van plasmando crudamente unas veces, sentimentalmente otras, con ingenuidad y humor popular en las más, la trayectoria interior por la que la Santa va recorriendo esa primera etapa de la mística que ha venido a denominarse en los tratados de esta ciencia como la "Vía purgativa". La experiencia de Ángela no es un aprendizaje. Su trayectoria no es un mestizaje de corrientes diversas de espiritualidad. ¿Qué sabía ella? Confiaba ciegamente en el padre Torres y, sin la menor duda, la austeridad del padre Torres, la exigencia, la abnegación, la entrega a los pobres y desgraciados de la sociedad, su observancia jesuítica de la "vida espiritual" influirían en Ángela, como, con posterioridad, harían el padre Álvarez y el padre Soto. Pero, aunque Ángela no tenga conciencia de ello, poco a poco va soltando amarras. Se va adentrando en una experiencia de Dios, en una identificación de la realidad salvífica de la Cruz de Cristo, que la hará original y única.

Pasa Ángela de la Cruz por la "noche oscura", como tantos místicos y tantos santos. "Noche oscura", fenómeno de búsqueda del Creador por parte de su criatura, del Amado por parte de la amada. Fenómeno común, pero siempre único, intransferible, incommunicable ("No puedo explicar", "esto me arrebatava", escribirá la santa mística, quien en esa imposibilidad comunicativa recurrió, como los grandes místicos, a las metáforas, a las alegorías y al uso excesivo de los puntos de exclamación). Es un desierto que cada místico ha de recorrer solo, en soledad tan atormentada como fértil. Noche oscura de dudas, de inseguridades, de titubeos, de miedos, mas de caminar constante, porque un Imán misterioso, oculto, sobrenatu-

ral, atrae de manera irresistible. Podrán aparecer oasis, mas hay que continuar atravesando la sequedad del desierto, hasta "vivir sin gusto, sin deseo y sin voluntad, lo mismo en lo espiritual que en lo temporal" (Primeros escritos, 31 de Julio de 1874).

La penitencia, vivida con una radicalidad increíble, va llevando a Ángela de la Cruz a desasirse de las pocas ataduras terrenas que tenía (que no se mide las ataduras mundanales que apartan de Dios por la cantidad, sino por la calidad) perdiendo interés por todas ellas y deseando vivamente la presencia de Dios. Habrá aún una penitencia más dolorosa para Ángela: la soledad en que se vio inmersa en varias ocasiones. ¿qué sería de ella y de la Compañía cuando le faltase su padre espiritual, el padre Torres? Tanto le atormentaba esta idea, que estaba plenamente convencida de que ella moriría antes que el virtuoso sacerdote. Le faltó el padre Torres, y el padre Álvarez, y el padre Rodríguez Soto, y los cardenales Lluch, Ceferino González y Spínola ... y ahí siguió Ángela de la Cruz, Madre, como la "mujer fuerte" de la que hablan las Sagradas Escrituras.

Ángela es sumamente agradecida a cuanto de Dios recibió por medio de tan sabios y ejemplares ministros, pero su sentimiento de ausencia comienza a ser otro, ya su "nada" no es "La nada terrenal", sino la "nada" que existe cuando Él no está:

"Pobre de mí, que mi Amado se me dejó sentir un poquito y se ha ocultado del todo. Con él los trabajos me son dulces; y ahora en este momento se me ocurre: ¡Qué les importaban a los mártires los tormentos y la muerte si tenían a Dios! Porque cuando en el alma se siente un poquito de la unión con su Amado, cuando se siente un poquito cerca, ¡qué dulce es padecer!, o más bien es gozar; pero cuando se oculta por completo, en ninguna parte aparece, el alma siente todo el peso de su nada y parece que no tiene espíritu, desfallece y muere, porque sin Dios nada puede. Y no muere y no se rinde al peso de su miseria porque Tú, Dios mío, la fortalece ocultamente" (Papeles de conciencia).

El texto que antecede nos revela expresiones que denotan que Ángela comienza a tener momentos místicos correspondientes a la Vía Purgativa, ya gozosamente iluminados por los amaneceres de la Vía Iluminativa: **"con Él los trabajos son dulces... unión con el Amado... qué dulce ...;** para terminar con una explosión gozosa que apunta ya a la Vía Unitiva: **"Tú, Dios mío, la fortalece ocultamente"**. Ángela ha comenzado consciente o inconscientemente, pero sin dudas vivencialmente, a experimentar los frutos del total sometimiento a Dios, del que brota un saber especial que todo lo alumbraba, saber incomprendible para los saberes humanos. Ha ido llegando a Él por su ascética del anonadamiento:

"la nada calla, la nada no disgusta, la nada no se disculpa, la nada no se justifica, la nada todo lo sufre" Apuntes de ejercicios. 1885.

POR EL ANONADAMIENTO A LA SABIDURÍA DE LA CRUZ

La ascética radical, el anonadamiento, el vaciamiento de sí misma (que no es una etapa cronológicamente acabada en un punto, sino una constante que le acompañará en toda su vida, pues no habrá rosa sin espinas, ni amor sin abnegación) le llevará al descubrimiento, a la vivencia y al compromiso testimonial con la sabiduría de la cruz. ¡Y con qué hondura, Dios, y con qué intuición más lúcida ... con la que estaba cayendo, y de manera particular sobre la Iglesia, en aquel siglo decimonónico!

Ángela de la Cruz trasciende la loable actitud cristiana de aceptar las cruces que van saliendo en el camino de la vida. Eso es poco para seguir al Señor crucificado. Ella sale al encuentro de la cruz, se abraza a ella frente a frente al Señor crucificado, se crucifica en ella, cosida "**con los clavos del temor, de la esperanza y de la caridad, para que no me separa jamás de Vos**" (*Un tesoro en vasija de barro*, número 251). Ahí descubrirá los místicos dulzores de las amarguras, las perlas preciosas para formar la corona eterna, el garbo de la alegría, el amor, la felicidad, la identidad y hasta la "mejor de las apologías" con la que se le puede dar los auténticos "**revolcones al mundo**" (Ibídem, número 243).

No es, patente está a todas luces, una búsqueda del anonadamiento por el anonadamiento, que este no es un fin en sí mismo de ninguna de las maneras, sino un medio, un instrumento, un camino para el amor, núcleo del encuentro con el Cristo muerto y resucitado, por ello escribirá la santa: "**La cruz no está en impresiones, no está en sentimientos ...** (Ibídem número 248), **el amor es lo único que endulza las amarguras de este santo madero...**" (Ibídem número 245).

Santa Ángela de la Cruz, crucificada por amor, descubre la profundidad de la sabiduría de la cruz. No está llamada a ser una contemplativa a secas, como tampoco una religiosa de vida activa a secas. Está llamada a ser una contemplativa de vida activa. Está llamada a ser la Rosa Samaritana en plena modernidad. Está llamada a sembrar, cuidar, fertilizar y extender un jardín de rosas que, con las espinas de la abnegación clavadas en el alma, ofrezcan los suaves pétalos de la generosidad sin límites, sin límites de ningún tipo (**La Hermana sólo dejará la oración para cuidar a un enfermo y necesitado**, escribirá Santa Ángela) allá donde exista la miseria.

Ángela tuvo la revelación, como siglos atrás Francisco de Asís, de que para acercarse a la miseria no lo podía hacer "desde arriba", sino "desde dentro", y desde bien dentro. "**Yo la más pobre**". El carisma de las bienaventuranzas sólo lo podrá

entender el pobre si viene de uno más pobre que él. ¡Con qué autenticidad lo transmitió la santa: "En la pobreza está el secreto de las riquezas...", "la purificación del corazón", la razón de "socorrer a los necesitados", "la paz", "el gozo de ser mendigas" "el perdonar las culpas de los desgraciados", "el dar la mano a los miserables, y mientras más caídos y más miseria, más objeto tiene la misericordia", "el derramar a manos llenas las limosnas para sacarlos de la miseria del cuerpo, y así poder atender el alma".

Estos principios los habían formulado con anterioridad otros ascetas y místicos, pero Santa Ángela de la Cruz los formula y sobre todo los vive, los transmite a sus Hermanas y los hace vivir con la simple sencillez y la hondura inconmensurable del corazón inmenso de una mujer de pueblo, de un pueblo tan interiorista, tan viejo y tan sabio como el pueblo andaluz. Y la que escogió el camino de la virginidad se convirtió en la Madre capaz de escribir unos pensamientos que pueden considerarse como una auténtica joya de la espiritualidad cristiana. A otros les tocó hablar, a ella "dar trigo"; y ... ¡con cuánta abundancia!

Con tanto dolor como generosidad heroica, Santa Ángela de la Cruz cerró un itinerario de vida consagrada, depositado en manos de sus Hijas, que sigue teniendo una profunda actualidad, "porque no son solamente personas compasivas que por ello se vuelven sobre los necesitados. Son víctimas ofrecidas al Señor para vivir en ese estado de inmolación, muertas al mundo, vivas para Dios, en permanente imitación y sintonía espiritual con Jesucristo, la Víctima que se inmoló de una vez para siempre (Hbr. 9,28; 10,12-13)", en palabras del Obispo Asidonense, Doctor don Juan del Río. La fidelidad de las hermanas de la Cruz al espíritu de Madre hace que su carisma siga vivo. Quienes las contemplan se interrogan, quienes experimentan sus acciones quedan agradecidos para siempre, quienes titubean en su itinerario descafeinado por los valores del espíritu ven en su radical vivencia del mensaje evangélico una esperanza para un nuevo tipo de humanidad.

"Dad a los pobres el más acabado ejemplo de pobreza, para enseñarles que el no querer nada de este mundo es el tesoro de las verdaderas riquezas"

Un tesoro en vasija de barro, número 478

MADRE, UN REGALO DE DIOS

No hay vida sin cruz. Es la compañera de viaje. Hay quienes en todo momento histórico, y más acentuadamente en la actualidad, se han apuntado de manera más o menos consciente a la vivencia de que "cruces que no se ven no existen". Las cruces simbólicas, signos -para muchos mera expresión cultural o artística- de una venerable tradición, se lucen en algunos días del año. Las cruces reales se ocultan, se callan, se silencian, se quitan del público. Con ello el hombre de hoy se construye una efímera sociedad de un placer de humo. Diciendo que la pobreza no existe, casi se cree ingenuamente que de verdad no existe. Diciendo que en la moderna sociedad del bienestar las necesidades de todos están cubiertas, pues mira, de tanto repetirse queda en la subcultura el sonsonete alineante.

Mientras tanto, el hombre de hoy navega a duras penas por una sociedad deshumanizada, deshumanizante y deshumanizadora. El ruido ha venido a sustituir la paz de los encuentros personales. El griterío apaga la sabiduría de los viejos. Muchos profesionales de las más diversas ocupaciones se sienten como "desencajados" de su tarea. Las familias son en muchos casos lúgubres nidos de sufrimiento. Es excelente el progreso que venga a enriquecer integralmente a la persona humana, mas no el que se fundamenta en la mentira, en la ilegalidad y en las mil formas de sutilezas descaradas de explotar y dañar a la raza humana con los más viles pretensiones y finalidades.

Mutatis mutandi, la sociedad decimonónica en la que le tocó vivir a Ángela Guerrero González, luego Ángela de la Cruz, Sor Ángela de la Cruz, Sierva de Dios Sor Ángela de la Cruz, Beata Ángela de la Cruz, y desde ahora Santa Ángela de la Cruz, era prima hermana de la actual. Ángela, vaciándose de sí misma, supo encontrar el camino testimonial de dar una respuesta a sus contemporáneos. No lo hizo desde el terreno de una cultura elitista que ella no poseía. No lo hizo desde la exposición de un pensamiento social o religioso para cambiar las estructuras; su pensamiento, fruto tan sólo de lo intensamente vivido, lo expone de una manera asistemática, carente de academicismo, pero con un aroma a autenticidad, a ir a lo que había que ir, a atender a quienes lo necesitaban, pues era bien consciente de que ella y sus Hermanas tenían que atender la necesidad nuestra de cada día. No lo hizo desde los exuberantes despachos donde se planifican proyectos que "cambiarán la faz de la tierra", sino desde los suburbios, desde las casas de vecinos, desde las habitaciones miserables a donde nadie quería entrar. Donde había una llaga, allí estaban ella y su Hermanas.

Claro que quienes están más o menos borrachos por la cultura que se ha venido estableciendo en la sociedad actual, y que se encuentran bien a gusto asegu-

rados en los palcos de la ostentación, o del despilfarro, o de la palabrería vacua, o de la violencia como oxígeno en que todo queda, ven "con profunda paz" y "tan a gusto" los toros desde la barrera. Los problemas para los otros. Las cruces para Semana Santa.

Pasó también en tiempos de Ángela de la Cruz: algunos de sus contemporáneos dogmatizaban: que si eran unas locas, que si con tanta penitencia no iban a llegar a ningún sitio, que si llamaban la atención con aquellos hábitos de pordiose-ras, que si su ideal de vida religiosa era llevar el barroquismo sevillano a grados extremos, que cómo se les permitía mendigar, qué a dónde iban aquellas mujeres a altas horas de la noche, que cómo se atrevían a acercarse a apestados, tras lo que podían transmitir "los males" que había en las casas más miserables ...

Ángela y sus Hermanas, al pico. Abnegación + pobreza suma + penitencia + oración + alegría = amor a Cristo crucificado y servicio incansable a los pobres y abandonados. La "filosofía" de Ángela de la Cruz es de una sencillez aplastante, sí, pero de cuánta generosidad.. Desde el Crucificado, sabe que todo lo que ella ama está crucificado. El amor se hace expansivo, inequívocamente mimético, pues todo lo que es de su Amado es amado por quien ama. Está su Amado en los crucificados, en los desamparados (los que no gozan del amparo social), no en la grandilocuencia ni en los dogmatismos humanos, así que a servir los fragmentos doloridos del Amado. "Besar los pies de los enfermos es besar al propio Cristo crucificado", decía a sus Hermanas.

Santa Ángela vivió incansablemente la locura del amor, hasta los más mínimos detalles (que el amor cristiano o son detalles mínimos o no es nada, sólo vacua palabrería monserguera), con delicadeza de mujer y andaluza, con chispa, con viveza, con constancia, sin remilgos ni medianías, pero, eso sí, sin ostentación ni pretensiones, cosida a la santa indiferencia por todo lo que no fuese Cristo Crucificado y los otros cristos dolientes. Esta Rosa samaritana es la que Santa Ángela de la Cruz dejó sembrada en la tierra en los fértiles corazones de sus Hijas:

"Un solo amor debe reinar en su corazón (se refiere a la Hermana de la Cruz) y ha de ser el amor a la Cruz, a Jesús Crucificado, que se esconde en los pobres y en los que sufren".

Y por aquello de que "algo tiene el agua cuando la bendicen", qué grandeza la de Santa Ángela de la Cruz, admirada, respetada y querida desde las diversas laderas de la vida: los munícipes republicanos del Ayuntamiento de Sevilla (como quedó recogido), algunos pretendiendo desligar su loable tarea de "las connotaciones religiosas", pero todos por unanimidad reconocieron en 1932 de la grandeza de

Sor Ángela y roturaron la Calle de los Alcázares con su nombre; en tiempos de persecución religiosa se hizo guardia en las puertas de algún convento de Hermanas de la Cruz para que nadie osase dañarlas; sin la menor duda, el pueblo sin añadidos culturales parasitarios tiene bien afinado el olfato para ver dónde se encuentra el rostro de Cristo.

Un santo es un testigo fiel de Cristo en medio del mundo. Es un regalo de Dios. Es un referente hacia Cristo. Es la plenitud de las capacidades que existen en la raza humana. Es una lucecilla encendida para que la gocen todos los hombres de buena voluntad. Es el amor de Dios hecho radicalmente solidaridad con cada ser de la naturaleza. "La radicalidad con la que amaba a Dios la llevó a la radicalidad con que amó a los pobres, porque este amor a los pobres no era sino una dimensión intrínseca de su enorme amor a Dios " (Mons. Del Río Martín, *Ibíd.*). Santa Ángela de la Cruz es un regalo de Dios. La Iglesia de Cristo, en la persona de su Vicario en la tierra, Juan Pablo II, así lo ha proclamado. ¡Bendito sea Dios!



IMAGEN DE SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ DE LA HERMANDAD DE LA ESPERANZA
QUE LA TIENE COMO COTITULAR.

FECHAS EN LA VIDA DE UNA SANTA

- 1846 30 de Enero** Nace en Sevilla.España se encuentra en plena época isabelina, mientras que el movimiento obrero comienza a organizarse ampliamente.
- 1846 2 de Febrero** Bautismo en la Parroquia de Santa Lucía.
- 1854** Primera comunión.
- 1858** Comienza a trabajar como aprendiz de zapatera.
- 1862** Trabaja en la zapatería. Conoce al padre Torres.
- 1865** Intento frustrado de ingresar en el convento de las Carmelitas Descalzas. Generosidad de Angelita en su dedicación a los atacados por la epidemia de cólera declarada en Sevilla. En España gobierna O'Donnell.
- 1868** Ingresa de postulante en las Hijas de la caridad.La reina es destronada.Sublevación en Cádiz de la escuadra de Topete el 18 de Septiembre.
- 1870** La salud la obliga a dejar a las Hijas de la caridad.Abdicación de Isabel II.Amadeo de Saboya es elegido rey por las Cortes.Prim es asesinado.
- 1871 1 de Noviembre** "María de los Ángeles Guerrero, a los pies de Cristo Crucificado promete vivir según los consejos evangélicos".
- 1874** Comienza a escribir sus Papeles de Conciencia.El 3 de Enero el general Pavía da un golpe de Estado.
- 1875** Dedicación plena a la fundación de la Compañía de las Hermanas de la Cruz, por lo que ha de abandonar el trabajo en la zapatería.Alfonso XII, rey.
- 1875 2 de Agosto** Comienza la Compañía en una habitación de la Calle de San Luis, tras asistir a la Misa celebrada por el padre Torres en el convento jerónimo hispalense de Santa Paula.
- 1875 1 de Octubre** La Comunidad se traslada a la Calle Hombre de Piedra.
- 1876 3 de Abril** El cardenal Lastra decreta la aprobación del Instituto.
- 1876 11 de Junio** Nuevo traslado, esta vez a la calle Lerena.
- 1877 16 de Julio** Fundación del convento de Utrera.
- 1877 2 de Agosto** Ángela de la Cruz hace los votos temporales.
- 1878 23 de Abril** Muerte del padre Torres, sustituido en la dirección de la Compañía por su discípulo el también canario padre Álvarez.
- 1878 23 de Abril** Fundación del convento de Ayamonte.
- 1878 8 de Diciembre** Profesión perpetua.
- 1879 8 de Mayo** Aprobación por parte del cardenal Lluch de las primeras constitu-

ciones de la Compañía que había redactado el padre Álvarez, siguiendo los escritos de sor Ángela.

- 1880 15 de Abril** Fundación del convento de Carmona.
- 1881 16 de Diciembre** Nuevo traslado, esta vez a la Calle Cervantes.
- 1882 12 de Mayo** Muere el padre Álvarez.
- 1883 6 de Julio** El padre José Rodríguez Soto, vuelto de los jesuitas, es nombrado Director de la Compañía.
- 1887 3 de Diciembre** Traslado de la casa Madre a la Calle Alcázares
- 1890 8 de Junio** Fundación del convento de Villafranca de los Barros.
- 1890** El arzobispo hispalense Sanz y Forés ordena que Sor Ángela y el padre Álvarez procedan a una revisión de las reglas ajustándose al derecho canónico, para enviarlas a su aprobación a Roma.
- 1894 9 de Abril** Madre va a Roma para asistir a la beatificación de fray Diego José de Cádiz. Entrevista con el Papa León XIII.
- 1895 24 de Octubre** Fundación del convento de Arjona.
- 1898 10 de Noviembre** El Papa León XIII rubrica el "Decreto de Alabanza" de la Compañía.
- 1900 2 de Agosto** Bodas de Plata de la Fundación. Todos junto a Madre
- 1904 25 de Junio** El Papa San Pío X aprueba la "Compañía de las Hermanas de la Cruz".
- 1904 23 de Septiembre** Fundación del convento de Fuentes de Andalucía.
- 1905 13 de Junio** Fundación del convento de Zalamea de la Serena.
- 1906** Muere el cardenal Spínola.
- 1907 7 de Marzo** Muere el padre José Rodríguez Soto. Sor Ángela asume el gobierno de la Compañía de las Hermanas de la Cruz.
- 1908 11 de Mayo** Sor Ángela es reelegida como Superiora General.
- 1908 14 de Julio** Decreto pontificio de aprobación de las constituciones.
- 1909 31 de Agosto** Fundación del convento de Sanlúcar de Barrameda.
- 1910 15 de Marzo** Fundación del convento de Huelva.
- 1916 26 de Julio** Fundación del convento de Peñafior.
- 1913 10 de Agosto** Fundación del convento de Escacena del Campo.
- 1916 10 Junio** Madre es reelegida Superiora General.
- 1920 16 de Julio** Fundación del convento de Montellano.

- 1922 31 de Julio** Madre es reelegida como Superiora General.
- 1923 9 de Octubre** Fundación del convento de Torreperogil.
- 1924 17 de Septiembre** Fundación del convento de Écija.
- 1925 29 de Abril** Fundación del convento del Cerro de Andévalo .
- 1925 2 de Agosto** Bodas de oro de la fundación.
- 1924 24 de Octubre** Fundación del convento de Ronda.
- 1926 9 de Abril** Fundación del convento de Estepa.
- 1927 3 de Mayo** Fundación del convento de Lopera.
- 1927 12 de Junio** Fundación del convento de Valverde del Camino.
- 1927 15 de Diciembre** Fundación del convento de Olivares.
- 1928 18 de Febrero** Fundación del convento de Villamanrique de la Condesa.
- 1928 29 de Febrero** Fundación del convento de Madrid.
- 1928 28 de Agosto** Madre es reelegida por unanimidad Superiora General. Al solicitarse la confirmación a la Santa Sede, esta deja la decisión en manos del cardenal arzobispo, quien, por razones de la edad avanzada de Sor Ángela, no la concede. Respuesta de humilde aceptación de Madre. Sale elegida la Hermana sor Gloria, 2ª Superiora General.
- 1929 15 Octubre** Fundación del convento de Archidona.
- 1930 29 de Octubre** Fundación del convento de Chillón (Ciudad Real).
- 1931 25 de Mayo** Fundación del convento de Málaga.
- 1931 26 de Mayo** Madre escribe su última carta a las Hermanas.
- 1931 29 de Julio** Madre pierde el habla y se le paraliza medio cuerpo por una embolia cerebral.
- 1932 2 de Marzo** Muerte de Madre.
- 1970 10 de Diciembre** La Comisión Permanente del Ayuntamiento de Sanlúcar de Barrameda acuerda rendir público homenaje a Sor Ángela de la Cruz, con la construcción de un monumento y la rotulación de una plaza con su nombre.
- 1982 5 de Noviembre** Juan Pablo II la beatifica en Sevilla ante un millón de personas asistentes. Madre comienza a tener renombre mundial.
- 2003 4 de Mayo** Juan Pablo II la incluye en la lista de los santos.

COMPAÑEROS DE CANONIZACIÓN

MADRE MARAVILLAS DE JESÚS

Madriileña. Nació el 4 de Noviembre de 1891. Pertenecía a una familia ilustre, Los marqueses de Pidal, y además su padre fue Embajador de España ante la Santa Sede y con anterioridad había sido ministro del Fomento. En 1919 entró en El Carmelo de El Escorial, en donde realizó su primera profesión en 1921. Su carisma fue el profundo amor a Jesucristo, lo que le llevó a realizar la fundación del Carmelo del Cerro de los Ángeles, tras la que realizó otras más. Desde el espíritu contemplativo del Carmelo y el espíritu de pobreza, supo infundir en sus religiosas valor y alegría por la vida contemplativa y por la labor misionera. Murió en el Carmelo de la Aldehuela (Madrid) en 1974.

PADRE PEDRO POVEDA CASTROVERDE

Nació en Linares (Jaén) en 1874. Su padre era químico y concejal del Ayuntamiento. Estudió en el Seminario de Jaén y posteriormente en el de Guadix, en donde fue ordenado sacerdote. Fue Secretario del Gobierno Eclesiástico, así como profesor y director espiritual del seminario. Ejerció una caritativa labor entre los cueveros de Guadix. Fue un apóstol profundamente creativo: fundó la Institución Teresiana, creó en Madrid la primera residencia universitaria femenina de España (1914), y fue un pionero en el reconocimiento y promoción de la labor de los laicos dentro de la Iglesia. Su labor como humanista y pedagogo fue reconocida por la UNESCO en 1974. Fue su vida un modelo para los creyentes que quieren vivir en el día a día su fe, sin miedo a confesarla en medio de las dificultades. Murió el 28 de Julio de 1936 fusilado, con las palabras: "Soy sacerdote de Cristo".

PADRE JOSÉ MARÍA RUBIO PERALTA

Nació en Dalías (Almería) en 1864. Sus padres eran agricultores. Tras cursar los estudios eclesiásticos en el seminario de Granada, fue ordenado sacerdote en 1887. Centró su actividad pastoral en la atención y evangelización de los pobres y de los enfermos. En 1906 ingresó en el noviciado de los jesuitas, donde se entregó a una intensa vida de oración y penitencia. Fundó la obra de las Marías de los Sagrarios y se multiplicó en la acción pastoral de predicar, administrar los sacramentos, de manera especial el de la reconciliación. Fue un auténtico padre para los pobres y abandonados y formó a muchos apóstoles laicos para que dedicasen toda su actividad en beneficio de los más necesitados. Murió en Aranjuez en 1929.

MADRE GENOVEVA TORRES MORALES

Nació en Almenara (Castellón) en 1870, miembro de una humilde familia de labradores. Huérfana de padre y madre a los ocho años, hubo de enfrentarse poco después a una grave enfermedad, hubo de amputársele la pierna izquierda por padecer un tumor maligno. Ello motivó que ya durante toda su vida tuviese que llevar muletas. Con quince años ingresa en la Casa de la Misericordia, regentada por las Carmelitas de la Caridad de la Ciudad de Valencia. Nueve años después solicitó ser admitida como religiosa, mas no lo fue por su defecto físico. En 1911 fundó la primera Casa del Instituto de religiosas Angélicas, dedicadas al cuidado de señoras que viven en soledad. La obra se extendió rápidamente, siendo aprobada por la Santa Sede en 1953 con el nombre de Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles. Mujer humilde, afable, generosa y heroica, murió en Zaragoza en 1956.

BIBLIOGRAFÍA

AMIGO, monseñor Carlos, arzobispo de Sevilla: Dios nos ha tomado de su cuenta. Pastoral en la canonización de la Beata Ángela de la Cruz. Sevilla 2003.

ARCHIVO DIOCESANO DE ASIDONIA JEREZ. *Documentos de Gobierno*.

ARCHIVO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE SANLÚCAR DE BARRAMEDA. *Actas Capitulares*.

BARBADILLO DELGADO, Pedro: *Historia de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda*. Cádiz, 1942.

BARBADILLO RODRÍGUEZ, Manuel: *Sanlúcar de Barrameda en 1978*. 1ª parte. Gráficas del Exportador. Jerez de la Frontera. 1978.

BOLETÍN OFICIAL ECLESIAÍSTICO DEL ARZOBISPADO DE SEVILLA:

- 2ª Época. Número 979. Viernes 26 de Abril de 1878, página 200.

- Año LXXV. Número 1.202. Miércoles 23 de Marzo de 1932, página 118.

CLIMENT BUZÓN, Narciso: Desde la incorporación a la corona hasta nuestros días. *Historia de Sanlúcar de Barrameda*, tomo II, páginas 84-87. Diputación de Cádiz, 1991.

JAVIERRE, José María:

- *Sor Ángela de la Cruz*. Escritos íntimos. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1992.

- *Un tesoro en vasija de barro, Pensamientos de Sor Ángela de la Cruz*, con presentación y selección de José María Javierre. Roma, 1997.

RÍO MARTÍN, Monseñor don Juan del, obispo de Asidonia Jerez: *Santa Ángela de la Cruz, Madre y Maestra de vida interior*. Carta Pastoral con motivo de su canonización. Jerez de la Frontera, 18 de Abril de 2003.

RUIZ JURADO, padre Manuel, S.I: *Sor Ángela de la Cruz maestra de espiritualidad*. L'Osservatore Romano, nº 4 de 24 de Enero de 2003.

VV.AA: *Gran Enciclopedia de Andalucía*: Tomo I, *Sor Ángela de la Cruz*, páginas 201-203. Ediciones Anel, Sevilla 1979.

ÍNDICE

4 DE Mayo de 2003: Madre canonizada	5
Nacimiento y primeras letras	6
¡Angelita, que hay que trabajar!	8
Dicen que la niña de Pepa, la costurera, quiere meterse a monja	10
Nace "Ángela de la Cruz"	12
La Compañía de las Hermanas de la Cruz	15
¡A crecer, que la necesidad es mucha!	17
Los tres Pepe	19
Sigue la expansión de la Compañía de las Hermanas de la Cruz	21
Madre siembra el rosal de la Cruz en Sanlúcar de Barrameda	23
La Rosa Samaritana fue llevada a los cielos	27
El carisma de Santa Ángela de la Cruz	30
La ascética del anonadamiento	33
Por el anonadamiento a la sabiduría de la Cruz	35
Madre, un regalo de Dios	37
Fechas en la vida de una santa	41
Compañeros de canonización	44
Bibliografía	46

Convento de las Hermanas de la Cruz
Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)
18 de Abril de 2003
Viernes santo
4 de la tarde
A los pies de la Cruz de Cristo.



CONVENTO DE SANLÚCAR
FUNDADO POR SOR ÁNGELA DE LA CRUZ